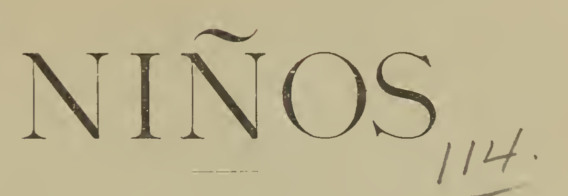

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of
Health, Education,
and Welfare, Public
Health Service
Bethesda, Md.


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.

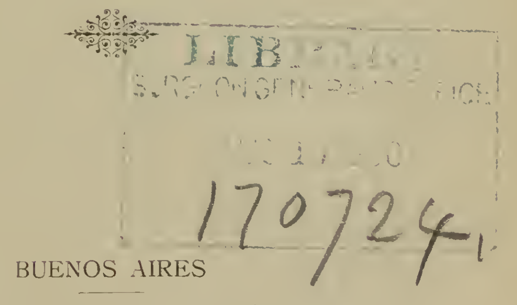
M. E. BENÍTEZ



NIÑOS

APUNTES MÉDICOS-SOCIALES

BUENOS AIRES - MAYO



BUENOS AIRES

73079 — IMPRENTA, LITOG. Y ENCUADERNACIÓN DE J. PEUSER
CALLE SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1897

ADVERTENCIA

Estas páginas, escritas con sencillez, sin tecnicismos confusos que hagan difícil su lectura, tienen por objeto primordial, el de ser útil á las familias, por medio de la revelación de los peligros—de muchas de ellas desconocidos—á que están sometidos los niños en el largo tutelaje de que son objeto.

Muchos de esos peligros se originan dentro de la familia misma, de un modo inconsciente, inadvertidamente, unas veces por creencias erróneas, otras por apego á la rutina y muchas por falta de un guía que las dirija al través de sus dudas y cavilaciones.

La divulgación de los preceptos de la higiene preventiva, de modo que pueda llegar á todas las inteligencias, se hace cada vez más necesaria, á medida que las sociedades progresan, que las poblaciones aumentan, que los medios de vida se encarecen, que las relaciones se multiplican, que él trabajo diario y humilde se hace insuficiente para tener techo, abrigo, aire, sol y espacio bastante donde ejercitar convenientemente el don múltiple de la existencia; porque esas varias formas del progreso y actividad humana, traen aparejados, peligros reales, que es necesario conocer, para

saberlos prevenir y por consiguiente, para saberlos evitar en todo momento.

¡Prevenir! he ahí el mejor, el más profundo y el más exacto de los aforismos de la ciencia y el que menos preocupa á la generalidad de las gentes. Cuando esa palabra no sea solamente usada por los médicos, sino también por el vulgo; cuando su inteligencia haya valorado toda la importancia que encierra; cuando llegue á comprender que ella sola basta para disipar peligros y que puede transformarse en escudo protector que resguarde de contagios y enfermedades; cuando se sepa que en muchos casos y con su sólo recurso, se puede alargar el número de soles que uno puede vivir, entonces habrán desaparecido las causas evitables de muchas enfermedades que hoy se originan en el hacinamiento, en la suciedad, en el abandono, en la incredulidad, en la miseria, en el lucro, en el desamor, en el vicio, en la corrupción y en el fanatismo.

Esto no quiere decir que baste la simple divulgación de la higiene para alejar indifinidamente toda causa de mortalidad y que nos sirva de talismán para preservanos de todas las causas de destrucción — desgraciadamente y en absoluto no es así — pero en último caso, si no disipa todas las causas de muerte, por lo menos se esfuerza por disminuirlas y en muchos casos, sus esfuerzos son coronados por los más hermosos éxitos.

A eso propenden estos rápidos capítulos, escritos con la vertiginosidad de quien quisiera decirlo todo, cuando

apenas ha dicho la primer palabra en la solución de un problema tan vasto y complicado.

Nosotros quisiéramos que las madres no olvidaran con tanta frecuencia, que hay muchas enfermedades que pueden evitarse y que deben esforzarse por conseguirlo, ya que para ello sólo es necesario tener un poco de buena voluntad.

Cuando la divulgación de la higiene se haga oficialmente y sea el patrimonio de todo el mundo, en vez de serlo de un gremio privilegiado que clama inútilmente por hacer prosélitos en las bajas esferas sociales, entonces los guarismos y los desfiles fúnebres de diftéricos tifoideos, variolosos, coléricos y escrofulosos, habrán llegado á una cifra tan pequeña que apenas serán contable como cantidad.

. . . .

Nosotros no hemos develado más que una extremidad del gran cuadro y lo hemos trazado á grandes y rápidos golpes, pero cuidando de ser suficientemente claros, con el fin de que su lectura sea accesible á todo el mundo.

Si consiguieramos nuestro objeto, es decir, el de ser útil á las madres, tendremos la doble satisfacción, de no habernos equivocado y de haberlas podido acompañar, con acierto, en sus momentos de dudas é irresoluciones.

Buenos Aires, Mayo 24 de 1897.

GENERALIDADES

El tema con que encabezamos estos apuntes, es profundo; él envuelve todos los problemas de la vida, desde aquel en que nace á la luz, aspira el aire y lanza su primer inconsciente grito, hasta aquel en que ya desarrollado y fuerte, recorre las diversas etapas de la infancia, de la adolescencia y de la edad viril. En torno de él desfilan higienistas, pensadores, pedagogos y periodistas, buscando cada cual, por distintos rumbos, la solución de las múltiples fórmulas que el diminuto ser ofrece: la salud, el estado social y económico, la formación de seres útiles y de ciudadanos robustos que contribuyan al desenvolvimiento de nacionalidades vigorosas; su intelectualidad, su moral y carácter, forman los lineamientos más salientes de esta cuestión tan interesante y tan debatida. Concentra en torno de sí no solo las atenciones del hogar, sino también la reflexión de los pensadores, sociólogos y estadistas, que ven en él todas las maneras del ser social con sus gradaciones sucesivas físico-morales, que eslabona en un encadenamiento indestructible, su raquitismo y robustez material, con su pobreza ó abundancia intelectual y que va desde la alegría hasta el infortunio,

desde la riqueza á la miseria, desde la prosperidad de todo género que engrandece á las naciones, hasta esos enormes sacudimientos sociales que terminan en estrepitosos cataclismos.

La infancia es la base, el principio de esa inacabable cadena de agrupaciones humanas que poco á poco van constituyendo las sociedades y á las que trasmiten las virtudes ó vicios de su origen, su inteligencia ó imbecilidad, sus macas bochornosas ó sus caracteres ennoblecedores, para formar entidades altivas y emprendedoras, de acción doble, intelectual y física, ó grupos embrutecidos devorados por la malignidad de sus propios humores, que se arrastran en la ignorancia, esclavos de la superstición, impotentes en la humillante atrofia intelectual. El niño contiene en sí todos los estudios sociales, desde la esperanza que encarna en sus primeros días hasta la viril realidad de su completo desarrollo; para el higienista es la salud, para el sociólogo el bienestar general, para el estadista el núcleo fuerte que formará con otros congéneres la trabazón inconmovible y compacta de la nacionalidad. Es la parte más numerosa del conjunto, la más ciega, inconsciente y débil, que lleva confundidas en una mezcla extraña, la sonrisa y el llanto, la alegría y el dolor, la vida y la muerte, y que esconde en su propia debilidad, los gérmenes de las fuerzas que engendrarán más tarde accionès sobresalientes, irradiaciones de inteligencia, de energía y de carácter.

Cuidar los niños, es cuidar algo más que un semejante, porque ellos para nosotros al menos, representan el estado latente de la patria, de donde han de salir sus futuros legisladores y filósofos, sus poetas y hombres de ciencia, su grandeza y prosperidad.

El niño no debe ser un estorbo, una excrecencia destinada á entorpecer nuestro desenvolvimiento progresivo; no se le debe considerar ni como suplicio ni como afrenta. Debe ser, por el contrario, la alegría del hogar, el lazo de unión íntimo y dulce de la sociedad, el elemento infaltable de la escuela y con el tiempo, el ciudadano vigoroso y fuerte, capaz de ennoblecerse á sí mismo, para ennoblecer su patria y la humanidad. Es obedeciendo á impulsos de ideas verdaderamente filosóficas y humanas, que pensadores de diversa índole, se han ocupado de tan trascendental cuestión y han procurado llevar, cada uno en su especialidad, el contingente de su esfuerzo y sabiduría, para apartar los peligros y escollos que por todas partes rodean á la infancia, ya sea indicando rumbos nuevos á su actividad cerebral, para evitar el doble agotamiento que ocasiona la inactividad y el exceso de esfuerzo, ya sea señalando las terribles consecuencias de su abandono incalificable, ya en fin, indicando los peligros inmediatos y remotos de una falta absoluta de higiene ó de una higiene deficiente y defectuosa.

Las sociedades modernas se preocupan, y con razón, de tan arduo y tan vital problema y todos buscan los

medios más apropiados de protección á la infancia en las varias y distintas faces que ofrece, de niño en lactancia, niño escolar, el abandonado, el conventillero; ya se le considere en la más baja escala social, viviendo en tugurios, respirando aires malsanos, lejos de todo cuidado y olvidado de toda caricia; ya se le juzgue en el lujoso palacete ó en la amplia casa burguesa llena de las comodidades y el confort que proporciona el bienestar y el dinero—y caen bajo este estudio el opulento y el miserable, el sano y el enfermo, el raquítico y el bien conformado, el que vende lozanía y vigor y muestra la fortaleza de su complexión y el que exhibe su pobreza fisiológica, sus miembros flacuchos, sus facciones estiradas y desagradables y sus ojos hundidos, envueltos en una atmósfera de tristeza fría é indecible. Y esa protección es tanto más necesaria é indispensable, cuanto que ahora mismo, fuera de los grandes centros de sociabilidad, donde por muchas razones el cuidado de los niños es más humano y hasta podría decirse más decente, se ve á las infelices criaturas víctimas de los peores tratamientos, de las más perjudiciales atenciones, del abandono más criminal y del desamor más parecido al desdén y al odio. Quien más quien menos conoce en Buenos Aires, ese laberinto de todas las miserias y de todos los vicios que se llama *conventillo* y en él, á una excrecencia que le es propia, que le da, puede decirse, el carácter de su existencia y forma el más llamativo de sus detalles y que lo consti-

tuye el *conventillero*. ese chicuelo *empachado,* sucio. panzudo, raquítico, chillón, que se arrastra por el suelo y que no tiene en su abandono inmerecido más amigo que el perro que le lame la cara ó el gato cuyas zarpas suelen dejarle hondas huellas en sus carnes flácidas y arrugadas. Algunos médicos y publicistas le han dedicado páginas brillantes llenas de conmiseración y de piedad, en que, confundido con la descripción vivaz de su miseria y de sus males, va la compasión y el consejo, siempre ofrecido y nunca ejecutado, para remediar en lo posible esas evidencias repugnantes de la lucha por la vida. Y el *conventillero* como specimen, no está aislado. Hay otros que moran fuera de los grandes centros urbanos y de los ojos investigadores de la sociedad, que no son *conventilleros,* pero que debieran serlo. porque en la genealogía del abandono y de la mugre, todos esos infelices son ó debieran ser hermanos. En los pueblos de campo donde la vida, no diré social, pero sí higiénica, es completamente primitiva, se encuentra algo tan terrible como el conventillo — es la casucha, cueva ó madriguera donde viven los pastores y trabajadores del campo. En un rectángulo reducido y sobre un piso que lo forma el mismo globo terráqueo, encerrado entre cuatro paredes de *chorizo*, mezcla de barro y de residuos de ovejas, con un techo tan bajo que es necesario encorvarse para poder entrar en esas hediondas viviendas, se aglomeran en un apiñamiento obsceno y repugnante, seis ú ocho seres que

todos juntos, forman una ó dos familias — tienen un cubitaje atmosférico de cuarenta metros cuando más —¡y qué aire! — dentro de esas covachas tenebrosas é infectas, sin más abertura al exterior que una mezquina y desvencijada puerta, verdadera pocilga para insectos y alimañas de toda especie, pasan la mayor parte del día sumergidos en un ambiente denso, opaco, pulverulento, zahumado de humo y de emanaciones acres y penetrantes, mezclados con los perros y las aves domésticas, todos estrujados en montón, sucios, con el cabello en remolino, apelmazado por la mugre y el sudor, en intrincados mechones dispersos y descoloridos — ¡y qué camas aquellas! — apenas una ó dos para todo aquel enjambre harapiento y zaparrastroso — unas tablas mal trabadas, desniveladas por las desigualdades del piso, metidas en un rincón, junto á las paredes renegridas y tenebrosas, donde á trechos se ven las vetas blanquizcas y redondeadas de las velas de sebo derretidas en una lenta combustión de agonía — encima un colchón, preparado á prisa, á través de cuyo género indefinible se observan los apelotanamientos de la lana, recogida en seguida de la esquila, con todas sus resacas y desperdicios, con todas sus hediondeces y emanaciones; verdadero sistema orográfico con todos sus picos, valles y hondonadas, donde los cuerpos adoptan posiciones imposibles, el todo cubierto de ponchos y colchas llenas de manchones de suciedad, colchas que han servido para

cubrir á las parturientas, al tifoideo, al diftérico, sin que jamás se les haya desinfectado y que han servido hasta de alfombra para cubrir la mesa en que se colocó al angelito muerto de no se sabe qué enfermedad. Junto á la puerta, el balde de agua, donde en comunidad, beben hombres y animales y donde los chicos, cansados, de revolcarse en el suelo, van á sumergir el jarrito de lata que contiene todavía los desperdicios de la comida anterior. Aquellos chicos, de pies desnudos, de piernas torcidas, de camisa sucia, sin botones, al través de cuya pechera entreabierta, aparece la barriga como una esfera blanca ó cobriza, teñida de manchas de suciedad, que huye de la gente, refractario al agua, que grita hasta el terror y la desesperación cuando se le trata de bañar, que no tiene quien lo cuide pues es una carga que no hace sino comer y fastidiar, que cuando se enferma se espera á que la naturaleza lo mejore ó en último caso, se le dan brebajes que ha recomendado algún amigo de la casa ó de los que *receta* la médica del agua fría; ese pobre chico sin protección material, víctima de la tenia, sin guía moral, sin impulsos, sin los dulces sueños propios de la niñez, sin ejemplos buenos que imitar, que hace los mandados á largas distancias bajo la acción derretidora del sol ó soportando con dulzura sin ejemplo, los fríos y las lluvias, que lo entumecen de pies á cabeza y lo convierten en un ovillo de carne que tiembla; que duerme sobre un montón

de piltrafas mugrientas; que habla con el caballo y la soledad, que no tiene en apariencia más madre que la naturaleza; que desde que empezó á caminar, empezó también á trabajar para contribuir con su esfuerzo propio al sostenimiento de su propia vida; que no conoce más maestro que el despego, el abandono, la impiedad, la indiferencia y la miseria absoluta moral y material, que se apodera de él como de un mendrugo, que se ha de transformar en vil polvo que dispersarán los vientos que azoten los aleros del rancho que le sirvió de cuna y de martirio, y que en las confidencias de su pensamiento dolorido, creyó que también se convertiría en su cementerio. Ese es el hermano del *conventillero* de las ciudades, pero triste y taciturno como la desgracia y el abandono—su rostro es rígido. serio y meditativo, como si el infortunio le hubiera querido imprimir su huella sombría y macilenta.

Ha pasado por todos los contratiempos patológicos y ha sufrido todas las indigestiones posibles; empezó por ver la luz extraído por una mujer que no era partera, que lo untó de aceite de maní mezclado con moscas y suciedades de toda clase, que le cortó mal el ombligo con unas tijeras mohosas y se lo ató con un hilo cualquiera; se le sumergió después en un fuentón de lata, útil de cocina que lo mismo sirve para estas cosas, que para preparar la carne del puchero: se le envolvió en seguida en cuatro trapos mugrientos y hediondos, se le arrolló en un mantón de lana y final-

mente, se le encasquetó la gorrita pobrísima así como quiera, sucia no más. Después, la madre, víctima de la ignorancia y de los consejos ó impulsada por esa indiferencia de bestia que sienten algunas de ellas, le retira el pecho, es decir, la salud, la vida, su amor, su lazo de unión, el regocijo infinito del deber maternal cumplido, su carácter, su parte moral, complementario de la parte material que recibió en su seno y todo eso es reemplazado casi siempre, por un frasco vacío cualquiera, generalmente de agua florida, que se llena con leche de vaca, frasco que invariablemente está sucio, que se lava con agua sucia, y que remata en su parte superior por una teta de goma perforada en su vértice por un agujero enorme, por donde el líquido se escapa en una media docena de succiones.

Desde ese momento empieza la *via-crucis* de la lactancia artificial completa, con sus horas irregulares, sus dosis mal calculadas, su temperatura inconstante y su falta absoluta de aseo y de cuidados, que le producen intolerancia gástrica al principio, diarrea después, inacabable y fétida, acompañada de retortijones y estallidos dolorosos; después la reabsorción y denutrición lenta se convierte en insomnio y en quejidos que se transforman en un lamento tenue y apenas perceptible, que concluyen por extinguirse con las postreras convulsiones de una vida efímera y dolorosa.

Si su naturaleza es superior á aquellos atentados alimenticios, si lo que es muy frecuente, no interviene

alguna consejera oficiosa que recomienda como muy bueno el caldo de gallina y las sopas de ajos para fortalecer el estómago, pues atribuyen á debilidad de dicho órgano la regurgitación de la leche, entonces, es digno de verse las caídas y tumbos y las resurrecciones imprevistas, que ofrecen estos organismos debilitados, de extremidades flacas y casi empellejadas, de enorme barriga, sonora y fofa como un bombo. Pasan sus primeros meses tirados en un cajón que les sirve de cuna, empapados en sus propias secreciones, envueltos en una nube de moscas que se le pasean por la cara, metiendo sus trompas en la boca, en la nariz y en los ojos, chupándolo con la misma inquietud y la misma nerviosidad con que él chupa el pezón de trapo que le han puesto en la boca para que no grite.

Así llegan, sucesivamente, la época de los dientes y de los primeros pasos, verdaderos suplicios, erizados de nuevos peligros que amenazan terminar constantemente y de una sola vez, con aquella vida zarandeada é ilusoria.

Así se le ve gatear al pequeño monstruo, arrastrándose penosamente de lado, con el borde de la cadera; si en verano, desnudo, con la camisita sucia y andrajosa, la cabecita desgreñada y llena de granos y cascarones; y si en invierno, todo amoratado, entumecido y dolorido por el frío, con la cara embadurnada con sus secreciones nasales. Al verlo, se imagina uno contemplar un bicho extraño, un sapo enorme, que arrastra

su abultada barriga por el suelo y que anda á la caza de papeles ó desperdicios que lleva á la boca con la inconsciencia propia de la edad. Así se cría entregado á los cuidados de la naturaleza, más humana ó más previsora que algunas madres, llevando en su cuerpo enclenque, las huellas de su martirio y abandono. Por sus condiciones, se hace el andariego incansable de la casa—se le ve metido por todos los rincones, debajo de las mesas, ó agarrado á las patas de las sillas ó sosteniéndose á duras penas con sus dos manitas en el canto de la puerta mirando para afuera como con extrañeza—á veces se le ve sentado en el suelo, sobre un cuerito, tironeando afanosamente de un pedazo de corteza de pan que la madre le ha dado para que se entretenga y empiece á comer y que una gallina hambrienta, que por ahí pasaba le arrebata de las manos en un volido rápido y certero.

Estos no son hechos aislados en la campaña; desgraciadamente se le observan con demasiada frecuencia, constituyendo un verdadero suplicio para el médico, que se ve en la nececidad de luchar, á veces infructuosamente, para levantar esos organismos decrépitos, extinguidos de fuerzas, con más ganas de morirse que de prolongar una existencia que es una angustia permanente, lucha que se centuplica porque hay que batir las preocupaciones de la madre, de la abuela, de los pa-

rientes y amigos, que cual más, cual menos, se creen saber más que el facultativo, por la sencilla razón de que han tenido más hijos, que saben lo que son muchachos y cómo se amamantan y crían.

De este modo la lucha del médico es ardua, llena de sinsabores y dificultades porque tiene que tratar con gente ignorante, embrutecida por la superstición y preocupaciones ridículas, para quienes los preceptos higiénicos envuelven algo misterioso y amenazador, cuando no excitan su hilaridad, que estalla en formas grotescas é irritantes.

¡Cuántos casos he visto y veo todos los días, de esas infelices criaturas que me traen en los momentos que preceden á la muerte, á veces con el sólo objeto de recoger el certificado de defunción! Encogidos, respirando trabajosamente, absorbidos en una demacración terrosa y fría, sin alientos para quejarse, esfumando una última mueca de dolor, con los ojos inmóviles y empañados por un principio de agonía, los traen muy arropados para que no se hielen tan pronto con el frío de la muerte y para no dejar ver la angustiosa evaporación de sus carnes, que han quedado reducidas á la piel extendida sobre los huesos, como un rugoso y delgado manto de cera! ¡Y todo por curarlos ellas mismas, por atracarlos de leche descompuesta ó mal preparada, cuando no le dan sopas y jugos de carne, para robustecerlos!

Y estos atentados á la vida se multiplican, por igno-

rancia y por error, como se multiplican los atentados á la higiene personal y doméstica, por ignorancia también, por el deseo del ahorro ó por desaseo congénito.

¡Cuántas viviendas se ven en los pueblos de campo que están en inferiores condiciones á cualquier establo de la ciudad y que son un poquito más superior á cualquier muladar de cerdos!

Se hacinan en número considerable en pequeñas habitaciones oscuras, sin ventilación, con piso de ladrillo, — cuando lo tienen — que sirve de sala, de comedor, de dormitorio y cocina, atestada de muebles y trastos viejos, de cueros y pedazos de cosas inútiles, con arcos de chorizos que penden de los travesaños del techo, alternando con jamones amarillentos, lustrosos, bien afeitados, colgados de pedazos de alambre en forma de *ese* ó de simples tiras de cuero. De un lado, el brasero, siempre encendido, despidiendo columnas de humo denso, espeso, negruzco y asfixiante, propio de la combustión de la leña de oveja, humo que concluye por reemplazar totalmente el poco aire respirable de la covacha, al través de cuya capa plomiza apenas se distinguen los objetos; sobre las ascuas, la sartén, donde chirria la grasa de chancho destinada á condimentar la fritanga de ajos y cebollas de todos los días; en medio, la mesa de pino, pintada por las moscas, que no se le lava sino cuando ha tenido lugar algún suceso muy grave en la casa, que sirve de todo, lo mismo para planchar las camisas deshilachadas del

marido, que para transformarla en cama para alguno de los chicos — del otro lado, un camastrón revuelto y fétido, donde á veces duermen todos en montón, confundidos padres é hijos, chicos y grandes, en una promiscuidad inmoral y repugnante, en un solo abrazo y un solo contacto — después, contra las paredes, hacinamientos multiformes de residuos de todas clases, pedazos de cordel, de correas, alpargatas desflecadas y tamangos de gruesa suela, revestidos de verdín en la capa de barro que aun conservan del último temporal.

A este amontonamiento informe, hay que agregar los gatos, los perros y las gallinas, que á veces tienen el nido dentro de la misma habitación para evitar que los vecinos se roben los huevos.

¡Y cuando llueve! Aquello es una arca de Noé, un chapaleo continuo, un vaivén de gente remangada que anda á saltos para evitar las goteras que caen del techo frente á la puerta del cuarto y que desaparecen dentro de aquella atmósfera opaca, más densa entonces y más irrespirable que nunca. Y ese amontanamiento humano tiene que encerrarse durante las horas del sueño para entregarse al reposo y lubrificar sus órganos respirando semejante aire! Esas viviendas son, en realidad, más peligrosas para la vida del hombre, que cualquier sótano húmedo y sombrío.

Es en esos focos pestilenciales, donde germinan de un modo terrible las enfermedades más mortíferas y devastadoras y de donde se irradían con caracteres de malignidad verdaderamente temibles, abarcando á veces anchas zonas y dejando á su paso las huellas de sus estragos y lo que es peor, los gérmenes del contagio difundidos en terrenos fértiles para su reproducción. La difteria, la tifoidea, le viruela, la escarlatina, se ceban en esas tenebrosas viviendas con un encarnizamiento desesperante. Asumen á veces las proporciones de un flagelo y de un castigo vengador y terrible, que no exime de la pena á nadie, cayendo chicos y grandes envueltos en el azote común, inexorable y fatídico.

Hemos visto desaparecer en pocos días toda una familia compuesta de adultos y de niños, víctimas de la difteria, del desaseo, de la incredulidad en el médico, en la higiene y en la desinfección. Los padres, que sobrevivieron á las trágicas ruinas del hogar, que en una semana se derrumbó con estrépito de llantos, lamentos y maldiciones á los remedios y al médico, no podían convencerse de que quemando trapos, desinfectando la casa y los muebles y pasando por la ebullición todo aquello que fuera necesario conservar, pudiera evitarse el contagio y la muerte ocasionada por las *llagas negras!*

Todo aquello era pura farsa hecha con el objeto de explotarlo y de sacarle dinero! — lo que querían los médicos era que abundasen las pestes y los enfermos! —

Así opinaban aquellos desgraciados y así opinan muchos. ¿Qué médico no ha visto la resistencia tenaz, á veces amenazadora que ofrecen la generalidad de los dueños de casas y los inquilinos, cuando se trata de adoptar medidas higiénicas, ya sean profilácticas ó de rigor, que lo pongan á salvo de posibles contagios de cualquier naturaleza que sea? ¿Quién no ha oído referir ó leído en la prensa política, la noticia de los vejámenes ó violencias de que han sido víctimas los facultativos, cuando han tratado de implantar en épocas epidemiales, las medidas de defensa sanitaria más indispensables?

En esas circunstancias, el propietario se convierte en una bestia enfurecida — nadie le puede convencer que *eso* de la higiene sea bueno ni útil para nada — son cosas bárbaras que se hacen con el objeto de molestarlo y de ahuyentarle los inquilinos — él y su mujer y sus hijos, han vivido sin higiene durante toda su vida y nunca han necesitado bañarse ni blanquear la casa para ser felices y tener salud. Trabajo cuesta ablandarles el criterio y hacerlos entrar por el camino de la salvación.

Así pues, en esa escuela de la roña, del olvido de la higiene y del aseo personal, es donde se va desarrollando el niño, acostumbrado á no lavarse la cara, á llevar el cabello desgreñado y retorcido en mechones sucios que le forman una maraña inextricable para el peine, á tener los piecitos y las piernas veteadas con

estratificaciones sucesivas de polvo desecado, que ha llegado á formar parte de su piel, algo como una segunda epidermis; á ser desarreglado en la comida y glotón; á llevar vida íntima y peligrosa con los animales domésticos, especialmente con el perro, con quien se le ve compartir á veces la cama y el pan es, en fin, en ese medio deprimente y desconsolador. donde adquiere gradualmente el hábito de la haraganería física, que ha de engendrar á su vez la apatía intelectual y moral que lo han de llevar fatalmente á la inutilidad más lamentable como entidad social. Así se van formando y creciendo poquito á poco — el desamor y el abandono de los padres, les expone á todos los accidentes posibles — ya es el agua hirviendo la que les arranca una ancha extensión de epidermis, ya una plancha caliente que les deja en los pies la marca roja y punzadora de la contusión, ya la deglución de un alfiler ó un botón metido en la nariz. Así van eslabonando sus días y agregando un año á otro año. salvando peligros y obstáculos — primero, los cuidados maternos prestados casi con disgusto; después el patio y la calle con todos sus accidentes — allí se le ve á veces envuelto en una nube de tierra que levanta y lanza con ambas manos en el aire, contento al ver como aquel velo tenue y transparente, desaparece, impulsado por el viento, en giros rápidos y caprichosos; ó ensaya sus primeros apedreamientos lanzando cascotes á las golondrinas asentadas en los hilos del telégrafo —

es allí, fuera del hogar, en la calle, completamente libre, donde aprende las primeras palabras obscenas, donde se ríe y hace muecas al borracho y donde con otros chicuelos que han sido mandados por sus padres á la panadería ó al almacén, se entretiene en jugar á las bolitas en las veredas, enredándose en las piernas de los transeuntes y ensordeciéndoles con sus gritos destemplados y agudos, cuando no imitan un batallón militar, con su banda de música á la cabeza, chillona é insoportable con su vocerío y silbidos en pitos de lata, que, con su movilidad incesante y nerviosa, se plega, ondula y dispersa, para trabarse en singular y estrepitosa batalla de cascotazos en que no hay más herido que algún farol ó algunos vidrios rotos de las casas de la vecindad.

Así les sorprende á muchos de ellos la edad escolar, la edad tan suspirada por ciertas madres que la desean con verdadero ahinco, no viendo el momento en que llegue para deshacerse, siquiera sea por algunas horas, de aquellas maldecidas criaturas, que le hacen *hervir* la sangre, que cuando no están apestados, están ideando travesuras, que revuelven la casa de arriba abajo, que no hacen otra cosa que comer y enroñarse de pies á cabeza. Y así pagan ellas mismas las consecuencias de su desidia y negligencia; tienen que soportar los resultados de su propia obra ya que son ellas las que han criado en el abandono ó enfermos y deformes á aquellas desdichadas criaturas, nacidas como la gene-

ralidad, sanitos y robustos, para disfrutar la diminuta herencia de felicidad que les brinda el mundo y que la ignorancia, los errores de todo género y las faltas de higiene han transformado en una llamita indecisa, en una salud pálida y enclenque, que oscila perennemente entre la vida y la muerte.

Los accidentes y las enfermedades del niño se reflejan sobre los padres bajo la forma de dolores, angustias, pesares, inquietudes sordas, que minan más ó menos su existencia, — retribución merecida, venganza legítima de la naturaleza, que devuelve con creces á los padres, las penurias y los abandonos sufridos por el hijo.

Muchas madres en vez de alegrarse porque su hijo va á iniciarse en la luminosa vida intelectual, se regocijan porque en lo sucesivo se verán libres de un estorbo, de una causa permanente de gritos y rezongos —es como si se le extrajera una excrecencia ó se le hubiera curado una parálisis que la hubiese tenido imposibilitada durante siete ú ocho años. — En un momento se le arreglan cuatro trapos que le vengan más ó menos bien, se saca la matrícula y á atorrar á las escuelas, donde el maestro se verá en duros aprietos para corregir la infinidad de vicios y defectos que adornan al nuevo educando — hará obra de verdadero varón enderezando aquellas organizaciones torcidas, que van bien preparadas para resistirle durante largo tiempo todas sus exhortaciones, consejos y ejemplos — allá va

exteriormente limpio, pero con la cabeza sucia, con el cuerpo sucio y con suciedades en los piecitos, que tratan de disimular unas medias y un calzado tan negligido como su persona.

En esta edad de la vida en que por la cantidad de movimiento que desarrolla el niño y su falta de selección y cuidado, debiera usarse de más aseo y de más higiene con ellos, es cuando más se le abandona; en invierno, no se les lava por temor al frío y en verano, es inútil porque vuelven á ensuciarse. Así van á las escuelas, bulliciosos, parleros y contentos, pero al mismo tiempo en un estado de desaseo desagradable, llevando en toda la extensión de un pueblo ó de un barrio todos los gérmenes infecciosos y todos los contagios posibles. ¿Quién no sabe que en los pueblos de campaña, él ó los hermanitos de un diftérico, de un tifoideo, coqueluchoso ó escarlatinoso, siguen concurriendo á las escuelas, sin que el maestro sepa si hay ó no enfermos en las casas de sus escolares? Y si lo sabe es por casualidad, por las conversaciones que oye en los corrillos que se forman en los cafés donde se comenta la vida social del pueblo. Aplica entonces las disposiciones del reglamento que excluye á esos niños de la vida escolar temporaria y la madre, para evitar que todos sus chicos caígan enfermos, los manda á la casa de una amiga, es decir, se pasean de un punto á otro de la localidad los gérmenes morbosos, ó lo que es lo mismo, un caso aislado se convierte en una causa de epidemia.

Y no solamente ésto, sino que por efecto de esa curiosidad censurable é insoportable de ciertas gentes, las casas de los tales enfermos se convierten en romerías, á donde se va en busca de impresiones y noticias para trasmitirlas después á los vecinos, aumentadas y corregidas y adornadas de comentarios tan estrafalarios como sus vestimentas.

Esto constituye un segundo medio de difusión microbiana, muy apropiado á tal objeto si se tiene presente que la mayoría de esos visitantes, por sus condiciones de limpieza y aseo personal, de ningún modo recomendable, representa un magnífico *medio* de cultivo para los microbios que encuentran en esas circunstancias una oportunidad brillante para multiplicarse hasta el infinito. Y á veces los casos asumen proporciones más graves — si el enfermo muere, entonces el asunto cambia de aspecto — todos los amigos y simples conocidos de los deudos se preparan para la fiesta, porque aquéllo es una verdadera recepción placentera; falta la música solamente, pero en cambio sobran las lenguas y el regocijo general se desborda, al principio tímido, como con miedo de molestar al angelito, hasta que después se expande gradualmente en risas ruidosas, en cuentos chistosos, en bromas de distinta índole que hacen reir á la variada concurrencia, el todo interrumpido de vez en cuando por la nota grave y seca de la historia de una ánima en pena, de un recién nacido que llora al anochecer con ahullidos lúgubres y

extraños y llorará eternamente revolcándose en contorsiones horribles porque no recibió al nacer las aguas del bautismo ó es el alma de un fratricida que en forma de llamas azuladas y amarillas, se enrosca y envuelve entre los árboles, produciendo ruidos y chisporroteos de incendio y lanzando agudos y penetrantes silbidos de víbora que suenan en el aire como espadas que girasen vertiginosamente.

Como la noticia de la muerte se ha esparcido con rapidez, la concurrencia á los tales velorios suele ser considerable — todo el mundo tiene el derecho de entrar — la muerte tiene el privilegio de suprimir las múltiples y á veces, enojosas fórmulas sociales — en esas circunstancias todos se tratan con familiaridad, como si fuesen viejos conocidos que de improviso vuelven á encontrarse en torno de un cadáver.

Algunas madres, para concurrir al velorio, dejan sus hijos mayores al cuidado de la casa y llevan al más chico en los brazos y los otros agarrados de las manos — otras van en verdadera corporación; toda la familia, desde el padre al último pequeñuelo, á quien se le mantiene despierto mediante promesas de golosinas consistentes, en la generalidad de los casos, en galletitas del almacén, más ó menos averiadas y reblandecidas por la humedad. Al entrar desfilan, con expresiones diversas en el rostro, delante del cajón fúnebre,

forrado en coco azul, que ha sido colocado sobre la misma mesa que sirve todos los días para comer, cubierta en esta ocasión con un género negro, encima del cual se ha colocado un puntillado de hilo de largos flecos que llegan hasta el suelo. Todos quieren ver la manera de cómo ha sido vestido para poder criticar en conciencia sobre el mayor ó el menor acierto que se ha tenido en la elección de los trapitos con que se le ha cubierto y dar rienda suelta á la mordacidad que germina en estado latente en la mayoría de las gentes y que estalla á la primera oportunidad que se presenta, en un desbordamiento de causticidad cruel y á veces indigna, ó quieren saber en qué género de mueca lo sorprendió la muerte, para deducir de esa circunstancia si sufrió ó no, atroces dolores y si el médico, que es para ellos un motivo de discusión larga y de habladurías interminables, no le *erró* la cura con alguna de sus endemoniadas recetas incomprensibles.

Desde que llegan los primeros visitantes, empieza á circular el mate, dulce para las mujeres, amargo para los hombres — es una absorción mutua de la saliva de cada uno, un pase intermitente de los detritus de una boca á otra, de un estómago á otro, donde van confundidos los residuos alimenticios, con los microbios y las emanaciones infectas desprendidas de aquellos dientes desaseados, negros y repugnantes. Los niños, cansados de reirse y de hacerse señas y de oir contar historietas insípidas, han concluído por quedarse dormidos,

sentados en las sillas ó acurrucados en grupos en la pieza vecina, al lado mismo de la cama donde murió el angelito.

En animación más ó menos grande y en conversaciones más ó menos interesantes, en las que por lo general se ocupan de casos parecidos al que motiva el velorio y en que algunas infelices pecadoras quedan sin honra y sin pizca de reputación, se pasan las horas de la noche, hasta que al llegar la madrugada, empiezan á dispersarse lentamente, los mozos en grupos, comentando las *conquistas* que han hecho en el velorio, y las mujeres, cargadas con sus hijos dormidos, mientras los maridos exhortan á los más grandecitos, de hecho y de palabras, á que apresuren el paso para llegar más pronto á sus casas.

De este modo se hace un trasporte activo, de gérmenes infecciosos, que circula en pocas horas en todo un barrio ó una población y es inútil insistir sobre los resultados perniciosos que estas costumbres deplorables producen en la salud pública.

Se pasan de sarao, en verdadera francachela, cuyo pretexto es el cadáver del velorio, para llevar de allí hasta las casas más lejanas, la propagación de todas las enfermedades contagiosas.

Es así como de vez en cuando, sin que nadie se explique la verdadera causa, que aparecen de pronto, en distintos puntos de una ciudad ó un pueblo, numerosos casos de enfermedades qne llevan la alarma á las fa-

milias y á las autoridades. Las exacerbaciones epidémicas del sarampión, de la escarlatina, de la tos convulsa, de la difteria, no reconocen otra causa, en muchísimos de los casos, que las visitas que se hacen con demasiada frecuencia y con intimidades peligrosas, en las casas donde hay enfermos. Muchas de esas visitas van á curiosear, otras á ofrecer sus servicios desinteresados; algunas á recomendar á la curandera de su predilección ó algún producto medicinal de su invención y las más, sencillamente á fastidiar y á hacer perder el tiempo y la paciencia.

Los hijos de tales madres van á las escuelas, en el estado de desaseo peculiar á la generalidad de esos muchachos, para quienes los cuidados maternos son ilusorios, y se hacen los conductores vivos é inconscientes del contagio de muchas enfermedades que en ciertas estaciones del año, especialmente en la primavera y en el otoño, suelen desarrollarse con caracteres alarmantes; y tan cierto es esto, que muchas veces hemos asistido á niños enfermos de difteria que venían del campo á alojarse con sus familias en casas de parientes ó de personas conocidas, cuyos niños concurrían á la escuela, sin que se adoptaran las más elementales precauciones para evitar la difusión de tan terrible enfermedad. Y es inútil dar consejos ni proponer medidas de higiene profiláctica, porque ni se aceptan los primeros, ni se ponen en práctica los segundos — se pierde lastimosamente el tiempo y la paciencia predi-

cándoles acerca del peligro que les rodea; — para ciertas gentes tomar medidas contra las enfermedades, es demostrar cobardía, y en todo caso, es mejor ser animoso y guapo, aunque esto sea ridículo y llegue á costar la vida á uno ó más hijos.

El descuido y negligencia que se observa á este respecto en muchas familias, es altamente censurable — verdad que hay muchas que lo hacen por ignorancia, pues creen que basta dispersar sus hijos para disminuir el peligro que los amenaza — pero hay otras que, conociendo el daño que hacen, no lo evitan por sensación de apatía y dejadez.

Y de nada sirve que los maestros pongan en vigencia los reglamentos que les prohibe admitir en las aulas á niños en cuyas casas haya enfermos, porque cuando llegan á saberlo, han transcurrido ya varios días, los suficientes para que el contagio se haga efectivo y difusible. La escuela viene así á convertirse no sólo en un centro de enseñanza, sino también en un foco de infección, lo que no deja de ser un problema muy serio y muy grave, que puede acarrear trastornos de consideración en la instrucción primaria del país. ¿Cómo hacer para disminuir en lo posible este orden de cosas? ¿De qué medios se puede echar mano, para evitar que la escuela sea un factor tan importante en la propagación de enfermedades? Muy difícil es la solución de este problema, por el cúmulo de dificultades que él ofrece; el ideal para el higienista y para el sociólogo,

sería que todos indistintamente, ricos y pobres, chicos y grandes, sanos y enfermos, conocieran de memoria los preceptos más esenciales de la higiene y los aplicaran en los actos diarios de su vida; pero no siendo esto posible, es necesario limitarse puramente á aquello que sea factible dentro de la composición actual de la sociedad. Siendo la familia donde reside la causa del mayor peligro, es allí donde debe dirigirse la atención preferente del higienista y de las autoridades superiores escolares. La falta de aseo, el desprecio por la higiene, la despreocupación más absoluta en todo aquello que se refiere á la salud ; la falta de cumplimiento á las ordenanzas que se relacionan con la limpieza pública ; las viviendas estrechas, la aglomeración de gentes en los cuartujos, la existencia del conventillo, la falta de casas de obreros con espacio, aire, luz y sol suficientes para garantir una buena ventilación, la ocultación de enfermedades por temor ó por avaricia, son causas poderosísimas para eternizar este orden de cosas que llama la atención en todas partes del mundo, del triple punto de vista, vital, económico y social que envuelve.

Es cierta clase de la sociedad la que con mayor frecuencia viola los preceptos de la higiene y olvida toda noción del peligro que entraña la falta de aseo, y es en los domicilios que ocupa, donde con preferencia debe dirigirse la atención de los inspectores de higiene y de las autoridades competentes, haciendo visitas de inspección frecuentes, obligando al cumplimiento estricto

de las ordenanzas que hay sobre aseo interior, limpieza general de pisos y corralones; la supresión del tapiz de papel en el interior de las habitaciones, blanqueo exterior, cuando menos una vez al año, pinturaje de puertas y ventanas, obligación bajo penas severas, por medio de una ley general, de denunciar por el dueño de casa y conventillo ó por el inquilino principal, de todo caso de enfermedad que se produzca en sus respectivos domicilios, la parroquia á que pertenece, especificando si de esa casa van niños á la escuela; hacer la desinfección real, obligatoria y periódica de las casas de inquilinato, aunque no se hayan producido casos de enfermedades infecto-contagiosas, obligando á sus dueños ó encargados, á que blanqueen dos veces al año todo el interior del edificio, castigándose severamente á los infractores; inspeccionar las aguas potables, haciéndolas analizar tan frecuentemente como sea posible, sobre todo las de aquellas casas que por su estado general, la aglomeración de personas y los desarreglos gástricos que se hayan producido, hagan sospechar de su impureza y contaminación; vigilar sobre el destino que se da á la basura en el interior de las casas, y si el barrido se verifica en condiciones de satisfacer á la higiene. Los conventillos y casas de inquilinato, deben ser motivo de ordenanzas severas y de una vigilancia especial—el interés social lo reclama así. Usando de verdadero rigor higiénico con esas madrigueras, se conseguiría disminuir mucho la morbi-mortalidad, y

acaso se consiguiera también que el conventillo como *specimen*, fuera desapareciendo gradualmente ; la inspección debe ser rígida, severa é inflexible, pues es bien sabido que de parte del público hay siempre propensión á resistirla ó eludirla con cualquier pretexto, mientras que de los encargados de hacerlas respetar, suele haber complacencia, desidia y á veces abandono absoluto.

Una vigilancia continuada sobre esas casas, determinaría indudablemente un mejoramiento en sus condiciones de habitabilidad y por consiguiente, beneficiaría á sus moradores y á la salud pública en general. En fin, estableciendo medidas higiénicas severas, pero que se practiquen y se cumplan, sobre las casas de inquilinato, donde por falta de recursos se aglomeran gentes de todas clases, edades y condiciones sociales, formando un apelotonamiento extraño, donde se confunden en una aglomeración única, todos los idiomas y todas las razas; estableciendo, decíamos medidas higiénicas severas, se conseguiría atenuar en mucho la difusión de enfermedades que á veces suelen tomar proporciones alarmantes. Como en general esas viviendas son el refugio de los pobres á quienes la miseria obliga á hacinarse en grupos más ó menos hediondos y repugnantes, envueltos en andrajos y piltrafas recogidas no se sabe dónde, sería necesario, para poderlas suprimir totalmente, que se construyeran viviendas para pobres y obreros, baratas,

llena de luz y de aire, que permitiera á esos infelices, respirar por lo menos un poco de oxígeno. En realidad, no toda la culpa es de esos desgraciados á quienes su situación precaria y miserable les obliga á amontonarse, como bestias, en reducidos espacios, sin sol y sin ventilación suficiente, húmedos y sombríos, sino más bien, de los encargados de velar y proteger la sociedad que se apresura á dictar leyes de protección para los animales pero que se descuida en dictar iguales en defensa del hombre.

Causa profunda pena y conmiseración, al lado de suntuosos palacios, deslumbrantes de lujo y de brillo, espléndidos de elegancia y de belleza, ver esos albergues de la escasez, chiquitos, de paredes combadas, fruncidos, y arrugados, adheridos á las raíces del coloso erguido, como una verruga vergonzosa y delatora, en cuyo interior, en perpetuo hervidero, como en las entrañas de un volcán, se agita una muchedumbre hetereogénea, bulliciosa, chillona, encadenada á la miseria, envuelta en mugre, en consorcio íntimo con todos los microbios, que hace prodigios de salud y se revuelve en la suciedad y en las sombras.

Hacer, pues, lo posible por suprimir ese género de habitaciones, es hacer una obra doblemente humanitaria y patriótica. En todo caso, la higiene no debe dejar de practicarse, bajo ningún pretexto, sobre todo en las casas donde hay aglomeración de personas, en los caserones de realquiler, en que el inquilino principal

explota, á expensa de la vida de sus semejantes, hasta el último agujero susceptible de contener un ser viviente; en los sótanos, en el techo, entre las nubes, próximo al sol, para calcinarse los sesos en verano y ser fulminado de una pulmonía en invierno. Es innegable que una inspección completa á todos los barrios y á todas las casas, en épocas determinadas, ofrecería muchos inconvenientes y dificultades al principio, pero al fin se concluiría por vencerlos; en todo caso, aunque no se hiciera sino en las casas sindicadas, en toda época, como verdaderos focos de infección, ya se habría ganado una gran parte de la partida, pues nadie ignora que el principio de una epidemia reconoce generalmente una de esas casas como su factor originario.

En las ciudades pequeñas y en los pueblos de campo, ya el asunto es más complicado; exceptuando las construcciones modernas, la edificación en general es pésima, contraria á las más elementales ideas de higiene y á todo sentimiento artístico. En los pueblos hay mucho aire, mucha luz, mucha ventilación y mucho oxígeno, pero en sus moradores hay poco hábito y poco conocimiento de la higiene y poquísimo respeto por la misma; los edificios son estrechos, bajos, sucios, faltos de aereación suficiente, sin comodidades de ninguna clase, herméticamente cerrados en invierno, con atmósfera enrarecida é irrespirable, que resume en un solo olor *sui generis* todos los olores de la casa, de

muebles viejos, de paredes húmedas y de flores marchitas, atmósfera que comparten en sociedad amistosa el gato mimado que duerme en las camas y el perro de larga historia, sin dientes, achacoso, que ha visto nacer á toda la familia y que es acreedor, junto con los chicos, á todas las atenciones y cuidados del jefe de la casa. En verano se transforman en hornos crematorios, en que todo se convierte en sudores y fatigas; el techo de zinc, sin cielo raso, que casi se toca con la mano despide, irradiando á largas distancias, ondas caloríficas tan intensas, que la vida se hace imposible en las horas de la siesta dentro de esas habitaciones.

Así es que, con oxígeno, luz y todo, no dejan de ser frecuentes las epidemias, ó mejor dicho, no faltan todos los años, especialmente de fiebre tifoidea y de difteria, que suelen hacer numerosas víctimas, muchas de ellas en manos de los curanderos, cuyos consultorios se instalan repentinamente en cualquier parte, con gran regocijo de los ignorantes é indiferencia absoluta de las autoridades—entre las plagas deben también citarse las venérea-sifilíticas, cuyo contagio cunde con suma facilidad si se recuerda el género de vida y la comunidad social en que se vive en el campo.

El nuevo director de la Asistencia Pública, Dr. Susini, ha creado varios hospitales parroquiales y según parece tiene idea de establecerlos en todas las parroquias de la

capital federal, que estén más necesitadas de ese socorro. En esos mismos hospitales parroquiales podrían destinarse salas, con capacidad suficiente, para la asistencia de niños atacados de enfermedades infecto-contagiosas, fueran ó no escolares, cuyos padres estuvieran en la imposibilidad de asistirlos en sus casas, por carecer de recursos ó de comodidades para ello.

Hecha la denuncia del enfermo, desde el primer día que se notara como tal, se le trasladaría al hospital parroquial donde sería asistido hasta su completo restablecimiento, no permitiéndosele salir del establecimiento, sino después de haber transcurrido el término máximum que la ciencia ha demostrado como no peligroso para la reproduccion por contagio de las enfermedades infecciosas. Al propio tiempo que se conduce al hospital al enfermito, se haría una desinfección completa en la casa donde se hubiera enfermado, adoptando, además, otras medidas que se juzgaran convenientes. De ese modo, se conseguiría, sino destruir por completo todos los focos de infección, por lo menos atenuarlos en muchísimos de los casos, lo que no dejaría de ser sumamente ventajoso. Además, aislando, secuestrando á los enfermitos, se disminuiría en gran parte las probabilidades de contagio. Los médicos escolares podrían prestar su asistencia facultativa sin más remuneración que los sueldos de que ya gozan.

Respecto á la parte económica, no serían muchos los gastos, pero en todo caso se podrían arbitrar recursos,

creando un pequeño impuesto sobre alguna de las diversiones públicas menos gravadas, destinando sus resultados al sostenimiento de dichas salas.

Uno de los medios que tal vez diera buenos resultados, sino inmediatos, por lo menos en épocas no lejanas, sería la enseñanza apropiada de la higiene, especialmente en lo que se relaciona con la persona y con la familia. Ahora se dan nociones de higiene en las escuelas, pero son tan deficientes, tan faltas de criterio en la elección de los temas y en los métodos, que en realidad sería mejor que no se enseñara nada de esta materia. Cuatro definiciones mal dadas, aprendidas de memoria, que no dan noción exacta de lo que es la higiene, sin texto donde estudiar, no pueden constituir verdadera enseñanza ni de ello puede esperarse provecho alguno; cuando más es una pérdida lamentable de tiempo y un recargo inútil para la inteligencia de los niños.

Regla general: los niños que frecuentan las escuelas, no obstante el relativamente pomposo programa de higiene, no conocen esta ciencia ni saben para lo que sirve, por más que en los exámenes algunos sepan dar definiciones más ó menos bonitas. Pero ellos mismos son una demostración contraria á la higiene — sucios, abandonados, algunos van á clase sin haberse lavado

la cara y sin haber pasado un peine por sus cabellos — otros con la ropa llenas de remiendos y en un estado lamentable de desaseo — todos, sin excepción, van con el calzado sucio y muchos pisando verdaderos tamangos, descocidos, rotos y chuecos, muy apropósito para producir luxaciones y artritis.

Si exteriormente están mal, interiormente están peor. Si se desnuda á uno de esos niños, se le encuentra el cuerpecito estriado de rayas y de manchones de mugre seca, con la piel granugienta y áspera, como cuero de sapo, propia de las personas que no se bañan. Sabido es que en la infancia, la piel tiene una gran actividad circulatoria, que está en relación con los fuertes intercambios exteriores que verifica; de ahí pues, que en esas condiciones, pierda sus propiedades fisiológicas, sus funciones de emuntorio, que si no quedan del todo interrumpidas, quedan por lo menos alteradas. Con un poco de agitación y un poco de sudor, se producen verdaderas *dermatitis*, que les obliga á rascarse desesperadamente, originándose extensas escoriaciones que, con el frote continuado acaban por transformarse en úlceras persistentes y tenaces.

Esas pobres criaturas no tienen la culpa, porque en su inconsciencia, ignoran el peligro que las rodea y que ellos mismos propenden á aumentar con sus diversos juegos; la responsabilidad cae toda entera sobre los malos padres, que por economía y negligencia imperdonable, permiten que sus hijos anden así, tratados

como cualquier animalito cuya vida les fuera indiferente. Nada sería que enviaran sus hijos á la escuela, con la ropita remendada: no todas las madres tienen dinero de sobra para vestir decentemente á sus chicos, pero al menos, esos andrajos debieran estar limpios, lavados y planchados — no es gran trabajo limpiar, por lo menos, dos veces á la semana, la ropita de un niño.

¡Y qué decir de la ropa interior! — llena de secreciones de pulgas, negruzca de roña y con grandes manchones aceitosos, provenientes del célebre papel de estraza, untado de sebo, aplicado sobre el pecho para detener la marcha invasora de alguna bronquitis incipiente ó resultado de la untura blanca aplicada con el mismo objeto — con olor ácido, acre, propio de la descomposición de los cuerpos grasos — ropa interior, en fin, que no se muda sino de tarde en tarde y que ni aun se la cambian cuando llaman al médico para que los asista de alguna enfermedad.

Es claro que en este grupo no están comprendidos ni los ricos ni los acomodados — ellos tienen ángeles aparte que velan por su salud y por sus vestidos — todo esto se refiere á esos pobrecitos de verdad ó pobrecitos por tacañería de sus padres, que viven en un desamparo casi completo y que no tienen más lazo de unión con sus progenitores, que el acto material de la generación. ¿Cómo, pues, esas criaturas no han de ser víctimas de todas las enfermedades y algunas de éstas no han de adquirir proporciones epidémicas, si las causas

que las engendran y las mantienen, subsisten con una tenacidad desesperante? ¿Cómo no han de ser las escuelas el sitio más favorecido para la aparición de las distintas enfermedades de la infancia, si es allí donde se reunen en gran número, donde se ponen en contacto diario, durante unas cuantas horas y donde se hacen intercambios de sustancias alimenticias, manoseadas y lamidas hasta la saciedad?

En realidad, no es la escuela á la que debe inculparse de engendrar enfermedades—son algunos de los elementos que á ellas concurren los que las trasportan — ni aun son éstos únicamente los responsables, sino algunas familias que, respecto á la higiene, á la medicina y á los cuidados maternos, se exhiben con una extraordinaria despreocupación. ¿Quién no conoce algún ejemplar de esas madres, que por un motivo ú otro, obligan á sus hijos á ir á la escuela, no obstante de verlos caídos, inapetentes, pálidos y sin voluntad para nada, que ellas atribuyen á haraganería, y que en realidad es el principio de una enfermedad que se inicia? Fácil es imaginarse lo que sucederá cuando el maestro se aperciba de que tiene uno ó más niños enfermos — ya éstos habrán sido el objeto de la curiosidad de sus compañeros, habrán pasado con ellos un buen rato, mientras están á la espera de la clase y el contagio se habrá verificado á pesar de las mejores condiciones higiénicas de la escuela. Esa clase de chicos lleva, pues, los contagios propios, con más, los que la madre agre-

ga de sus frecuentes correrías en visitar enfermos y asistir á velorios.

Procurar atenuar estas circunstancias, es colocarse en términos favorables para la disminución de la morbilidad infantil.

Habría que hacer una campaña enérgica contra los niños y las madres á fin de obtener, mediante la higiene, los mejores resultados posibles; podrían crearse premios y penas á un mismo tiempo: los primeros, premios de higiene á los niños más limpios y aseados y los segundos, aplicados á las madres empecinadas y recalcitrantes, que con su conducta, son una rémora á todo progreso.

Dejando de lado esta larga digresión, decíamos, volviendo al principio, que la enseñanza de la higiene debería ocupar un lugar preferente en los programas de las escuelas, en lugar del puesto oscuro y secundario que hoy se le da; los niños estudian hoy instrucción cívica, física y otras materias que les son perfectamente inútiles y que una vez terminado los exámenes ni siquiera se acuerdan de haberlas estudiado. ¿Y qué física pueden aprender si no tienen aparatos ni un humilde termómetro que les sirva para concebir las nociones más sencillas de lo que es aquella ciencia, de la que aprenden de memoria algunos puntos para recitarlos en el día del examen, contrariando así uno de los más elementales principios de la instrucción? ¿Y qué decir de la instrucción cívica, verdadera adivinanza

para los niños, que no saben lo que son deberes ni derecho ni deslindar lo uno de lo otro y que hacen de los diversos poderes en que se divide la república, una sola y única confusión? ¿No sería preferible hacer un programa más reducido para que diera mejores resultados y que en lugar de aprender definiciones de higiene, se le diera á esta materia toda la extensión y toda la importancia de que es acreedora? Y á propósito de higiene, hemos oído decir en un examen, lo siguiente: la ropa interior debe mudarse, cuando *menos una vez á la semana* — eso había enseñado la maestra y eso repetía el niño.

Magister dixi — esa criatura se creería estar perfectamente aseada no lavándose la cara en un mes, por que todo debía estar en concordancia, la muda de la ropa, con el aseo del cuerpo.

El estudio de la higiene, sobre todo la que se relaciona con el hombre, es sencillo, fácil y agradable— los niños la estudiarían con tanto ó más gusto, que los versos insípidos, que se les enseña, y que se les hace recitar en oportunidades determinadas, con entonación solemne y ademanes trágicos, aunque ambas cosas no correspondan á la naturaleza y á la índole de la composición poética que motiva el alborozo y el contentamiento de las señoras que la escuchan sonrientes y enternecidas por el prodigio que acciona con el brazo izquierdo y mueve la pierna derecha. Por otra parte, y especialmente las niñas, á guisa de gimnasia, aprenden una serie de figuritas danzantes, que serán muy bonitas

como entretenimiento, pero que en realidad no encierran provecho de ninguna clase. Como gimnasia, eso no lo es, porque no hay ejercicio metódico y desarrollo armónico de los grupos musculares; como complemento de instrucción, no se le ve la utilidad que pueda tener, pues uno de los objetos primordiales de la escuela, es formar elementos hábiles para la sociedad y no vistosos y de puro ornato para los salones.

La higiene debiera ser uno de los estudios más esenciales en toda sociedad bien organizada; penetrando al través de las masas endurecidas por la ignorancia, abriría nuevas fuentes de vida al bienestar general y llevaría por todas partes más luz y más sol, que son sus acompañantes obligados.

La escuela sería muy aparente para realizar este progreso — si en ella se verifican contagios y trasmisiones de enfermedades, en ella también debe aprenderse la manera de evitarlos. Enseñarles á los niños todos los peligros que encierra el desaseo personal, los que resultan del contacto con personas atacadas de enfermedades infecto-contagiosas, de la falta de cuidado en el agua que han de beber, de la negligencia en las atenciones que han de prestar á la boca y á los dientes, sobre todo, después de comer, es prevenirlos con anticipación de la existencia de peligros reales, que se pueden evitar, mostrándoles al mismo tiempo el modo de resguardarse de ellos de una manera eficaz.

Enseñar la higiene es enseñar la salud y por consiguiente la vida, la manera de prolongarla y de sacarla triunfante al través de todas las causas capaz de acortarla ó suprimirla y que, como una amenaza constante, nos rodean y envuelven de todas partes. Ella observa, escudriña, advierte el peligro y lo señala para que se le evite en lo posible y dicta leyes sencillas y salvadoras, cuya realización está al alcance de todos, porque el mayor gravamen que impone, es el de la buena voluntad y el deseo invariable de la limpieza permanente.

Y ningún centro más á propósito que la escuela para aprender esta ciencia que es como el ángel de la guarda para todos; junto con otros conocimientos, se adquirirían los de la higiene, pero tan amplios y tan completos, como pudieran ser los de la gramática ó de la geografía.

Y la cuestión de la higienización social por medio de la escuela es, en cierto modo, una cuestión moral; en el fondo, no hay diferencia ninguna entre el suicida que inconscientemente se mata con mugre, que el que voluntariamente se levanta la tapa de los sesos — ambos han concurrido al mismo fin, á la extinción de la personalidad, — sólo los medios han cambiado — el uno es devorado por sus propias secreciones y microbios, y el otro por el arma que pusiera en sus manos una violenta conmoción moral.

Esos conocimientos y enseñanzas harían camino dentro de las familias, pues es innegable la propensión

de los niños á aplicar en el hogar las nociones é ideas adquiridas en la escuela y el poder grande de imitación que distingue á esta edad de la vida. ¿No se les ve con frecuencia en las veredas ó en el interior de los patios, tomados de las manos á la luz de la luna ó del farol más inmediato, formar ruedas movibles y bulliciosas y enseñar á los chicuelos de la vecindad las canciones y los versos que ellos han aprendido de labios de la preceptora? ¿No repiten en la intimidad de sus conversaciones infantiles lo que el preceptor les enseñó? ¿Las madres no encuentran un delicioso placer en hacer repetir delante de las visitas los discursos patrióticos ó diálogos sencillos que aprenden de memoria para recitarlos en fiestas escolares? — Igual cosa sucede con las demás materias, de tal manera, que el hogar doméstico viene á ser como una proyección ó alargamiento de la escuela. Los niños difundirían pues, al lado de los otros conocimientos, los que hubieran adquirido de la higiene: serían los obreros pacientes y lentos, pero seguros, de un progreso real y bienhechor, que más tarde se reflejaría en una disminución de la morbi-mortalidad; serían en sus casas, los representantes de los preceptores que enseñaran por su intermedio la manera de conservar la salud, de vivir largos años y de preservarse de las enfermedades por medios sencillos, sin que les originara más gastos que un poco de tiempo dedicados á esta tarea.

Es innegable que al principic habría que vencer

muchos obstáculos é inconvenientes — la higiene, como la suciedad, es cuestión de educación y de costumbre — las familias que son descuidadas con sus personas y con todo lo que á ellas se refiere, mirarían estas cosas con la más profunda indiferencia, pero no tardarían mucho en reconocer sus ventajas y en poner en práctica los buenos y desinteresados consejos que les prometieran evitar la producción de males que pueden suprimirse mediante nuestra sola voluntad; entre estos males pueden citarse los que engendran y perpetúan la superstición, la ignorancia y el atraso, especialmente aquellos que tienen por asiento la piel de los niños.

En la escuela misma podría iniciarse el estudio práctico de la higiene haciendo lo posible por suprimir algunos defectos, que constituyen hábitos perniciosos y desaseados y que en general no se les da importancia, tales por ejemplo, como mojar el lápiz en la boca para hacer más visibles los caracteres de la escritura, untarse los dedos con saliva para dar vuelta las hojas del libro, chupárselos para hacer la succión de manchas de tinta, etc.

Tal vez no esté lejano el día en que las escuelas públicas tengan balnearios disponibles agregados al establecimiento educacional, suficientemente amplios y seguros, donde los niños, una vez terminada la tarea diaria, puedan hacer sus abluciones higiénicas que les permita despojarse de los residuos orgánicos que hayan adquirido durante las clases y en el juego de los recreos.

PARTERAS

En este capítulo no están comprendidas las verdaderas parteras, aquellas que conocen á fondo su misión, que tienen un título honrosamente ganado, que dedican su tiempo al estudio de la ciencia y de sus clientes, que están al cabo de los adelantos de la profesión, que conocen la asepsia y la antisepsia y las pratican con regularidad; que son una ayuda eficaz de los médicos cuando el peligro los reune á la cabecera de alguna enferma; que cuidan en fin á los niños y saben prodigarles atenciones inteligentes y consejos oportunos á las madres para que su deliciosa vida no peligre. A otra clase de parteras se refiere este capítulo—á aquellas que se han diplomado á sí mismas ó que han sido autorizadas por algún departamento de higiene, á ejercer su *humanitaria* misión en la campaña.—Se refiere á esa *soi-disan* parteras habilísimas, con estadísticas interminables de casos felices, en que se cuentan victorias estruendosas y éxitos verdaderamente extraordinarios, en los que se evidencia el arte divino de su mano; de esas parteras flacuchas, andariegas, de mirada inquieta y averiguadora ó bien regordetonas, coloradotas, de pliegues adiposos en

el cuello, que caminan á pasitos cortos, oscilando á los lados, como entretenidas en llevar alternativamente el centro de gravedad de izquierda á derecha y de derecha á izquierda — de esas en resumen, que donde se asientan dejan la huella honda é imperecedera de su permanencia de flagelo. Tienen la inquietud nerviosa de la llama, van y vienen de un lado para otro, andan siempre apuradas, jadeantes, bajo el sol ó la lluvia, con sus polleras de colores ó traje de merino negro, desteñido por la acción disolvente del tiempo. Cual si tuvieran una llave mágica, entran en todas las casas, son amigas de todo el mundo y en todas partes las convidan con algo; conocen á todas las personas del pueblo, cuya vida íntima han penetrado y saben cuándo nacieron los chicos y cuando morirán los viejos; tienen amistad estrecha con todas las autoridades, á quienes les sirve de medianera para ciertas francachelas misteriosas — han salvado á muchas de la muerte y á otras tantas han llevado á la tumba; conocen la medicina, especialmente la de niños, á quienes propinan remedios ideados por ellas, elaborados en el alambique casero, donde se guardan cuidadosamente los residuos, de plantas y yerbas que sirvieron para preparar *ingüentos*, que aplican en sus curanderías devastadoras; conocen mejor que el médico, á quien adulan de un lado y desacreditan de otro, las enfermedades de mujeres—con aquél no quieren saber nada porque es su mayor enemigo; siempre que puede, procura desacre-

ditarlas de puro envidioso, para robarle su clientela y su reputación — los médicos son unos engañadores que quieren ganar mucha plata con remedios que descomponen la sangre, llenándole de mercurio que después engendra enfermedades que ni ellas mismas pueden curar. Poseen el secreto de cada familia, la virtud de unas, la deshonra de otras, la miseria de ésta y la riqueza de la de más allá; han hecho muchos servicios y en cambio, les han pagado con negras ingratitudes y lo que es peor, han procurado sonsacarles la clientela para entregársela á la *médica del agua fría*, su incansable rival; ó al *médico del pavilo* cuya saliva tiene la virtud de resucitar muertos y curar desahuciados. A despecho de todo, tienen una autoridad indiscutible sobre la generalidad de las gentes — domina á los grandes y aconseja á los chicos — sobre los primeros tiene una influencia absorbente deletérea; gravita sobre sus raciocinios, como un astro de mayor magnitud gravita sobre otro más pequeño — en presencia del médico se calla, sale él y su consejo domina ó hace vacilar los ánimos — está llena de ignorancia soberbia, pero tiene astucia y suele ganar una partida difícil.

A veces se le ve en carrito ó en carruaje, trasportando pollos ó gallinas y brebajes y pomadas que sirven para sus enfermos. Mira de un modo oblicuo y con intermitencias; se sonríe con desdén y suele tener ademanes y actitudes trágicas y terribles — sus

amenazas son como una sentencia de muerte — aguijoneada por el odio ó el despecho, se traslada con una actividad inaudita de una casa en otra á donde siembra la consternación ó la duda y la desconfianza, sobre la conducta del médico á quien inculpa de envenenamientos y desaciertos funestos.

Domina de tal modo, á sus amigos y clientes, que les trasmite todas las veleidades y supersticiones de su cerebro y todos los enconos de su corazón. Ellas tienen la verdad en la mano y la reparten pródigamente entre sus relaciones. Donde el médico duda, ellas afirman, donde el primero fracasa, ellas tienen éxito. El caldo de gallina, la papilla de pan con vino Oporto, de *cuel bun*, vale más que la leche esterilizada — ellas están por encima de la naturaleza — los niños no necesitan dientes para comer y la prueba está en que los pájaros comen y viven sin poseerlos. Si se indigestan y revientan en explosiones de diarrea y vómitos, es porque el chico no *aguanta*, es muy débil y la culpa es de los padres que tienen la sangre revuelta y podrida; ella ya lo conoció cuando nació la criatura, porque no gritó como las demás, cuando nacen fuertes y sanas, y porque las carnes eran fofas y blanditas y presagiaban una vida llena de peligros. Cuando se hincha la *par* dentro de la *madre* y es necesario sacarla á tirones, entonces desembolsa una verdadera erudición de agüerías y predice con anticipación, en voz baja y con gestos y ademanes misteriosos, algún

terrible cataclismo que por lo regular no sucede y en el que debían morir podridos el niño primero y la madre después.

Algunas veces, sin motivo aparente, hace suprimir la lactancia materna; por qué?—quién sabe; es que se siente dominada por un presentimiento inexplicable y sus presentimientos son fatídicos como la maldición bíblica—la victíma sucumbe de gastro-enteritis ó de inanición alimenticia y la madre y la partera se quedan tan tranquilas y satisfechas como si no estuvieran hermanadas en la complicidad de un crimen que desgraciadamente no puede castigarse y como si cada una hubiera cumplido honradamente su deber. Su casa es una fábrica de vino de quina y sus clientes tienen ese líquido á discreción—chicos y grandes, todos mojan sus labios en la preparación maravillosa que les va á confortar la sangre y robustecer todos los sistemas. Si la mujer cría, mejor; á esa le convienen fuertes dosis del reconstituyente para que tenga mucha leche y el niño se críe rechoncho y mofletudo; y sucede á veces lo contrario, pues la madre se queda sin leche y el niño pierde su tesoro y va á desquitarse con la leche de vaca, chupando desesperadamente entre llantos y quejidos, la sucia y enorme mamadera preparada por una hermanita de pocos años que empieza á acostumbrarse al papel de madre vigilante.

Hablarles de antisepsia puerperal, es como hacerles cosquillas; se ríen con verdaderas ganas, con estreme-

cimientos convulsivos de abdomen y de pecho; antes no se usaba *eso* y no se morían sino los que estaban destinados á ese fin desgraciado; para qué van á usarlo ahora? Además, á la parturienta no le gusta; es fuerte y no está para tantos gastos inútiles é innecesarios; por otra parte, los lavajes pueden hacerle *resentir* la naturaleza y dejarla lisiada para lo sucesivo. Y así hay algunas de esas enfermas á las que el médico no puede aproximarse sin sentir verdadera repugnancia y desconsuelo.

Y por lo general, esas negativas son los resultados de la obra de zapa de la partera, que rechaza resueltamente la ciencia y sus adelantos. Ella domina y ejerce sugestión absoluta sobre el medio ignorante en que actúa; si quisiera, podría contribuir á la salud general, pero es que no le conviene, porque iría disminuyendo cada vez más su infiuencia malsana—á medida que el médico avanzara, ella retrocedería como un montón de sombras retrocede empujada por la luz que avanza, y tendría que arrinconarse en el último escondite de su casa, allí donde se guardan los trastos viejos, cubiertos de polvo y telas de araña, y se condenaría á vivir entre la multitud desordenada de sus recuerdos, de victorias ficticias, que le punzarían dolorosamente dentro del cráneo, y la impotencia que la encadenaría, sujetándola para siempre, en un ahogo comprimido, que suele terminar en un nudo terrible que se enrosca en la garganta con la fuerza de una zarpa vengadora.

Es muy dulce dominar, ya sea por la fuerza, por la sabiduría ó por la superstición ; el cuchicheo, el murmullo de asombro que acompaña á toda dominación, es agradable para ciertos caracteres, como si su vida y su felicidad consistiera en la larga estela de aplausos y saludos que van dejando en el camino que recorren. La absorción de la voluntad y del pensamiento ajeno, que se reemplazan por el de uno propio, es en realidad una fuente de placer; y no importa que éste por ascensos y degradaciones sucesivas, se convierta después en orgullo furioso y enceguecido. Y así sucede con esa clase de parteras: no bajarían de su trono omnipotente de curanderas y adivinas por nada de este mundo; podrían sentirse abatidas, corridas, acorraladas ; podrá echárseles en cara su ignorancia, su imbecilidad ; todo eso no es nada, no durará más que un momento; sus fuerzas renacerán con mayor vehemencia y se desbordarán como un río que sale de madre. En su lucha contra el médico, su enemigo nato, no dará la cara de frente, no trabajará á la luz del día, pero trabajará en la penumbra, solapadamente, en el misterio y en el silencio, como un minero que establece sus avenidas subterráneas y trabaja pacientemente hasta que abre brecha al exterior y asoma su cabeza insolente y asustada y llena de morisquetas en sus olfateos nerviosos. Como sabe que el desinterés procura adeptos, suele dar pruebas de magnanimidad, y no cobra su trabajo, sino que acepta aquello que buenamente le dan ; además,

ese es uno de los recursos de su diplomacia hipócrita y acariciadora. De ahí la simpatía con que cuenta, y de ahí también su dominación, que está tan arraigada entre la gente del pueblo, que es como una porción de este último, como un pedazo de su sistema nervioso cerebral; piensa, reflexiona y falla por él, y sus fallos no tienen más apelación que lo que el destino disponga. Y es inútil perseguirla; por cada golpe que reciba, tendrá un éxito más, porque tiene el arte exquisito de saberse transformar en víctima, y porque es hábil é incesante su propaganda. A la madrugada, mucho antes de que aparezca la aurora, abandona su vivienda, y mientras la población reposa y duerme tranquila el último sueño, ella se lanza por las calles, se desliza por las veredas como una sombra que resbalara impulsada por el viento, y penetra de perfil por las puertas entreabiertas, en las casas donde hay enfermos, disponiendo aquí, aconsejando allá, sembrando la duda y la desconfianza en todas partes. Así, cuando llega el médico, la celada está tendida, bien preparada—sus remedios en vez de ir al estómago del enfermo, han sido arrojados debajo de la cama y el jarabe de la botica ha cedido el puesto á un cocimiento de raíces, de *piedrabuena*, de *brusquilla*, de *yerba de la piedra* ó á cualquier mezcla reventadora ideada por ella.

No es extraño pues, que viva infiltrada, con todos sus errores y malignidades, en una parte de la población, de tal manera, que tocarla es conmover toda una

muchedumbre que se ramifica en todas direcciones.

Forman así una sola masa, con un solo sentido, una sola responsabilidad y una sola complicidad aceptada con gusto y compartida con verdadero placer. En estos casos y en sentido absoluto, partera es sinónimo de alambique, de brebajes, de unturas explosivas, de gastro-enteritis, de dispepsia, de linfantismo y de raquitismo.

En el orden de la alimentación, están bien provistas de formularios é indicaciones; á algunos chicos les hace dar tocino frito para suavizar el estómago; á otros aceite de bacalao y el infaltable é indigesto caldo de gallina; algunos, destinados á un raquitismo infalible, si viven, tienen anotado en su carta, el jugo de carne y papilla de ajo frito en grasa de chancho entremezclado con migas de pan para que sea más nutritivo; sin contar con el huevo duro, frío, que alterna con esas otras dinamitas y cuya lógica es la siguiente — si un pájaro que es tan chiquito y delicado, se alimenta con huevos duros y vive contento y cantor, nada hay más natural que una criatura de un mes, que es más grande y por lo tanto más fuerte, se nutra con el mismo alimento que de ningún modo puede hacerle daño. Y así hay épocas en que los desarreglos del tubo digestivo en los niños, asume proporciones alarmantes — nadie sabe cómo es que se producen esas enfermedades y cómo es que mueren tantos niños — todos quieren ó creen saber cuál es la causa y nadie toca la verdadera. Cuando los

padres ó parientes van á los consultorios médicos á pedir los certificados de defunción, fingen una comedia ridícula, se muestran como sorprendidos de que los chicos se hayan muerto casi repentinamente—estaban buenitos y de golpe, sin que ellos pudieran sospecharlo, se *cortaron* como si hubieran sido pajaritos. Y el que solicita el certificado sabe muy bien qne todas las afirmaciones que hace son una infame mentira; pero por nada de este mundo denunciará á la partera ó á la *médica* del agua fría; están ligados entre sí con la solidaridad de causa á efecto; forman una sola expresión en la consumación lenta de un delito que la ley no puede castigar, pero que sus conciencias les reprocha como tal y la prueba es que se ingenian de todos modos para ocultar su falta, eludir responsabilidades y señalar al destino como único interventor fatal.

A las *gastro-enteritis*, *dispesias* y *atrepsias* por alimentos inapropiados, que forman la desesperación del médico y una causa desoladora de defunciones, sigue la terrible fiebre puerperal originada por aquellas manos sucias, desaseadas, de piel endurecida en los trajines de la casa, en los fregoteos de la cocina y en el cultivo de la quinta, con sus uñas gruesas, largas y resistentes, ennegrecidas por ancha banda de residuos estercoráceos, semillero de microbios, donde viven en un cosmopolitismo increíble todas las razas y géneros conocidos, desde el más exaltado y virulento, hasta el más apacible é inofensivo. Esas mismas manos que

escarban la tierra. que resbalan por todas las úlceras, que se lavan mal y sólo de vez en cuando, son las destinadas á cuidar á la parturienta, á hacer la *toilette* de los órganos genitales, *past-portum*, á recibir al niño, cortarle el ombligo que generalmente resulta corto y deja una hernia en sus comienzos; á lavarlo en agua sucia, llena de ojitos de grasa, hervida en la cacerola del puchero y finalmente, á ponerle un poco de *polvo de palo* en la herida umbilical que se cubre después con un pedazo de trapo sucio, cortado del primer lienzo que se encontró á mano en el revuelto montón de inutilidades guardadas en el fondo del baúl. Después, tres días de cama para la madre, cuando no se reducen á dos, mucho caldo de gallina y un purgante, nada de duchas vaginales ni cosa que se parezca á limpieza — para el chico, bastante jarabe de achicoria, agua con azúcar quemada, que se conoce que le gusta mucho, porque, según dicen los que curiosean el parto, hace gestos con los labios para que le den más—en cuanto al ombligo, de sobra tiene con estar tapado; cuando se caiga se verá si los famosos *polvos de palo* dan ó no resultados maravillosos.

No transcurren muchos días sin que al niño se le aprieten las carretillas y arquee el cuerpo para atrás y deje de mamar porque no puede abrir la boca, por la que echa una espumita que es lo que le *ahoga* — si pudiera escupir esa espumita, la criatura sanaría en seguida. El caso se ha hecho bastante claro y urgente para

dar intervención á la partera; ella sabe mejor que nadie qué es lo que tiene el niño y cuál será el remedio más eficaz para sanarlo; viene, ve y falla: tiene *pasmada* la *sangre* y lo que le hace mal es la leche *revuelta* de la madre cuya *borra* se le *asienta* en el estómago y se le atraganta en el *orificio;* de ahí que el chico hace esfuerzos para echar el pasmo y como no lo consigue, se tuerce para atrás para ayudarse con el cuerpito.

Ahora es cuando se da entrada á los remedios heroicos, á aquellos destinados á milagrear en las circunstancias más desesperadas y difíciles y que la han llevado al pináculo del prestigio y de la gloria — el *humo del romero*, á dosis masivas y asfixiantes, — los *bahos* de *cocimientos de ranas;* el pase por el cuerpo en direcciones distintas, de la parte *inferior* de la cola de un pollito de quince días ni más ni menos y otros remedios envejecidos en prodigios, han fracasado esta vez de un modo lamentable y han aumentado el mal contra todas las esperanzas concebidas. Pero aun quedan recursos soberanos, los que forman la última falange. aquellos que se emplean en los casos extremos y entre los cuales se cuenta el glorioso masaje. Y manos á la obra. La partera arremangada hasta los hombros, con la cara congestionada, la respiración anhelante, lo practica de un modo formidable, empeñado su amor propio y su larga fama, en *despasmar* quieras ó no quieras, aquella sangre helada y negruzca por la asfixia y en volver á la vida aquella existencia que

trata de escapársele á despecho de toda su sabiduría, de todos sus empirismos y prácticas médicas; y durante un largo rato no se oye más que el resbalar de la mano enaceitada á lo largo de los miembros rígidos ó contraídos y el jadear del niño y la respiración entrecortada y estrepitosa de la curandera, que suda y revienta en derrames musculares para hacer echar del todo aquella maldecida espumita que no quiere despegarse: hasta que agotada la paciencia y el esfuerzo y cansada de tantas friegas inútiles y de tanto estar encorvada, concluye por enderezarse y después de ampliar el tórax en una fuerte inspiración, expresa su convicción, que es firmísima, en un fallo desastroso — aquello no tiene vuelta que darle — el *pasmo está pasado* y la sangre no tardará en volverse *pura agua* lo que sucederá cuando el niño empiece á dar las primeras boqueadas, que indican la proximidad de la muerte.

Estas parteras extienden su influencia á largas distancias — como los pulpos, alargan sus tentáculos en todas direcciones – de los partidos vecinos vienen á consultarla aquellos que conocen su celebridad y su fama y es raro que, aun en un fracaso evidente, no se cuenten maravillas de su don prodigioso para curar. Si se diera el espectáculo extraño de su apoteosis, formarían en su honor, gruesas y compactas columnas de lisiados, huérfanos, viudos y contrahechos, que si por un acaso providencial, un soplo de razón iluminara sus cerebros, tendrían que entablar, entre indignados y

afligidos, una interminable serie de quejas y reclamos, en que el que menos pediría, sería la devolución de un ojo. Y así seguirá su camino, confiada en su buena estrella, en la bondad de las autoridades y en la protección que le dispensa el público. Mientras haya ignorancia, superstición y credulidad inocente é idiota, las parteras curanderas, las adivinas y todas sus congéneres, se verán rodeadas de admiradores que se apresurarán á probarles lo profundo de sus sentimientos, sacrificando su vida y la de los suyos en homenaje á su fe sencilla y ciega.

LACTANCIA

He ahí la parte verdaderamente difícil, el punto lleno de peligros para la vida del recién nacido. De la leche que ingiera, de su calidad, cantidad y preparación, dependerá en el porvenir, su grado de salud, la integridad de sus funciones digestivas y el mayor ó menor desarrollo y lozanía que adquiera en su vida de niño de pecho.

Nada hay que ofrezca tantas dificultades é inconvenientes como este período de la vida, no solo porque los tejidos y órganos carecen del suficiente vigor, que obtendrán solamente más tarde, sino por la susceptibilidad exquisita, la sensibilidad vidriosa que ofrece el aparato digestivo á toda sustancia que, ya por una causa, ya por otra, no esté en concordancia con el poder de digestión del niño. Basta darle un alimento que no esté de acuerdo con su edad ó un poco de leche descompuesta, para que se desarrollen los más serios trastornos digestivos que concluyen á veces por tener un descenlace fatal. Y esto se explica perfectamente si se tiene en cuenta que algunos órganos del aparato digestivo del niño, como las glándulas salivares y pancreativas, carecen casi de acción, como lo ha demostrado

Drouet, [1] sobre las sustancias amiláceas de que generalmente se abusa en la alimentación artificial de los niños de pecho. En el niño, la alimentación y el sueño, forman las dos funciones primordiales que se encadenan tan íntimamente, que basta que una de ellas esté interrumpida ó alterada, para que la otra se resienta en un período más ó menos largo. Ambas concurren al mismo fin; á asegurar la asimilación, al aumento de peso por aumento de los tejidos, pues no habiendo gastos musculares, la absorción intestinal se convierte en tejido adiposo, en fibra muscular, etc., que redondea las formas en curvas suaves y sedosas y da consistencia elástica á la plasticidad de los miembros.

El tubo digestivo ejerce tal influencia en este período de la vida, que él decide del porvenir del niño — él lo hará atrépsico, dispéptico, linfático, ó escrofuloso — le combará las piernas ó le hundirá las costillas llenándoselas de nudos y le imprimirá á su esqueleto todas las formas repugnantes del raquitismo.

Si su circulación estercorácea es normal, todo irá bien; pero si se desarregla y se hace infecta, y se llena de grumos de caseina no digerida, con mucosidades irritativas, irá perdiendo de peso, sus ojos se excavarán, se hundirán sus mejillas y en vez de asimilar, caerá lentamente en una denutrición desesperante y esquelética, que le reducirá á un puñado de huesos envueltos

(1) Drouet — « L' alimentation artificielle des jeunes enfants » - pág. 29.

en pañales. La lactancia decide pues, si el niño ha de vivir ó no; si será robusto y regular ó enfermizo y contrahecho.

Se ve pues, la gran importancia que tiene una buena digestión y un buen alimento y la correlación íntima y saludable que debe haber entre ambas cosas, para que los resultados estén conformes con las leyes fisiológicas y con las aspiraciones de la higiene.

Entraremos de lleno á tratar de la alimentación del niño, haciendo esta pregunta: ¿qué alimento conviene al recién nacido? La repuesta fluye de la misma pregunta y de la misma naturaleza del asunto—ningún otro alimento le conviene como no sea la leche materna ó en su defecto la de una nodriza.

Que el niño debe ser criado en primer término por la madre, siempre que ésta pueda hacerlo, es cosa que está fuera de toda duda y discusión—la naturaleza misma se encarga de afirmarlo del doble punto de vista moral y material—la función lactógena que se establece á raíz del parto, lo prueba de la manera más elocuente. El estado de expectativa gozosa de la madre, la curiosidad interesada y el regocijo que despierta en su espíritu el nuevo ser que ha nutrido en sus entrañas y que ascenderá la difícil pendiente de la vida llevando impresa en su organismo las huellas y manera de ser de sus generadores, la indican en primera línea para el cumplimiento del más grato y del más dulce y tranquilo de los deberes de la mujer.

Es una obligación llena de encantos y de poesía, con lazo hecho de besos y sonrisas infantiles, que compensan ampliamente los insomnios y trabajos que puedan ocasionar. Es un deber y debe ser una necesidad imperiosa de la madre, el amamantar á su propio hijo—debe continuar la obra empezada en el claustro materno, pero con más ahinco y con más abnegación, porque sus responsabilidades son más grandes y sus tareas más serias y graves—no debe permitir que una mujer ajena á su casa, completamente desconocida, de carácter distinto, de costumbres diversas, de educación rudimentaria, por lo regular de alma egoísta y casi siempre de espíritu judaico, vaya á sucederla en lo más trascendental y sublime de la misión de toda madre. Cuidar su niño, reemplazar la sangre placentaria por la leche que llena y encurva en líneas duras el blanco seno—renovar con prolijidad encantadora los pañales humedecidos, mientras se hacen á media voz esos diálogos maternos que imitan el balbuceo infantil y que el niño parece comprender y los contesta con sonrisitas como suspiros, con movimientos de piecitos inquietos y con claridades inusitadas en los ojos, que se agrandan en explosiones de luz—adueñarse en absoluto de esa nueva existencia que no es más que una proyección de otra vida cuyas cualidades sobresalientes lleva—quererlo con ese exclusivismo egoísta de las grandes sensibilidades que aman para sí todas las caricias y todas las sonrisas—presenciar el levantamiento de esa nueva

vida, como un sol que aparece en oriente y cuyos primeros reflejos no deslumbran sino que deleitan—seguir pacientemente, con ansiedades de zozobra á veces, con goces de infinita alegría otras, la solución de ese problema que se resuelve en los primeros dientes y en los primeros pasos y que arranca aplausos é invitaciones para presenciar el prodigio — ser el factor principal en la elaboración de esas fuerzas que más tarde serán el orgullo de sus progenitores — acechar con avidez las modalidades y transformaciones sucesivas y graduales que irán revelándose en su inteligencia y que forman para la madre que lo observa, otras tantas sorpresas que derraman alegrías bulliciosas en su espíritu — oir sus primeros balbuceos, esos balbuceos cortitos y trabajosos que difunden goces inefables y hacen ver ángeles en todas partes — ver, en fin, cunita tibia, sueño tranquilo, ropas blancas, blondas perfumadas, sonrisas de alegría en vez del llanto del enfermo, tal es, en resumen ligero, el orgullo de la mujer que aspira á la gloria inmaculada de ser madre completa y que preferiría la muerte antes que abandonar á manos mercenarias el fruto de sus amores castos.

La madre, no es madre en absoluto, sino cuando ha cumplido con este deber—el mismo sentimiento materno debe impulsarla á amamantar á su hijo y á evitar al mismo tiempo que una mujer extraña le robe su cariño, dándole un sustento que muchas veces se ofrece de mala gana — y sobre todo, cuántos disgustos y cuántos

sinsabores cuesta el entregar un niño á manos alquiladas, que no tienen más objetivos ni más afanes que la paga que reciben al fin de cada mes! Es indudable que hay madres que, contra su anhelo y su voluntad, están en la imposibilidad material de hacerlo; — á éstas es necesario disculparlas — pero hay otras, que dejan de hacerlo, obedeciendo á preocupaciones sociales—el niño les impide asistir á teatros, á tertulias y reuniones, les echa á perder las formas, les obliga á andar sin corset. y vestidas de entrecasa; tienen que desabrocharse á cada rato el corpiño, no duermen ni disponen de un momento para la vida social. Sobre haber en esto demasiada exageración, las madres no debieran hacerse esas reflexiones—al formar el hogar, deben dedicarse por completo á su nueva vida—ésta les reclama toda su atención. toda su energía, para cumplir noblemente con los deberes que su nuevo estado les impone. La reproducción! he ahí el acto más trascendental de la naturaleza, el más esencial y fundamental de todos; aquel que encierra en sí lo que hay de más augusto y serio en la vida—impone el deber imperioso é ineludible de velar, cuidar y dirigir el producto de sus amores — no es como creen muchas madres, un deber artificial, impuesto por una sociedad voluble, sino un deber natural, inflexible y fatal que debe cumplirse siguiendo los dictados de la razón y de la conciencia, y no los consejos de la vanidad, que sólo sabe engendrar el ridículo y la censura merecida.

No es nuestro ánimo hacer digresiones filosóficas, pero sí pensamos y decimos, que la mujer casada, ante todo y sobre todo, debe ser madre y no simple adorno de salones y paseos.

Hay causas, sin embargo, que impiden la lactancia de un modo tan imperioso, que es necesario tenerlas muy en cuenta, á fin de aconsejar su supresión con el objeto de evitar la reproducción de males trasmisibles é incurables ó con el propósito de retrasar su desarrollo. Entre éstos pueden agruparse los que forman ó determinan un estado diatésico, constitucional, de larga duración como la tuberculosis, las enfermedades cardíacas, el mal de Bright, la epilepsia, la histeria, etc., todas las enfermedades—excepción hecha de la sífilis—que sean crónicas. En el grupo de las agudas, que excluyen la lactancia, deben englobarse la fiebre tifoidea, la pneumonía, la viruela, el reumatismo, los abcesos mamarios, etc., con el fin de evitar la intoxicación continua del niño.

Las madres tuberculosas no deben criar sus hijos, no sólo porque el trabajo de la lactancia aniquilaría las fuerzas que necesitan para luchar contra el mal que las mina y devora, sino también para evitar que por intermedio de la leche, que les sirve de vehículo, pasen las toxinas tuberculosas que conducen seguramente al niño á un estado caquéctico y á la muerte. Por otra parte, esa misma absorción de toxinas, si no constituye la tuberculosis *d'embleé*, es decir, con el tubérculo ya

formado y con el bacilo de Kock, por lo menos prepara el terreno para la tuberculosis por inhalación, que es el modo de reproducción más general y que se manifiesta en la primera oportunidad para ello propicia. Además, se sabe positivamente que las toxinas y antitoxinas de ciertas enfermedades, se eliminan por la leche: [1] entre las primeras pueden citarse las del tétano, de la difteria y de la fiebre tifoidea; y entre las segundas, las del tétano, difteria y cólera. Las experiencias de Schmid y Pflauz lo han demostrado también. [2] Kossel lo prueba igualmente. [3] Se ha probado asimismo que ciertos microbios patógenos pasan al través de la glándula mamaria, entre los que deben citarse los de la pneumonía, fiebre tifoidea, los de la septicemia puerperal, los de la supuración, etc. [4] Por consiguiente, las madres que estén afectadas de cualquiera de estas enfermedades, están legítimamente impedidas de lactar á sus hijos, pues no es prudente exponerlos á tan graves peligros. Por otra parte, dichas enfermedades originarían irregularidad en la lactancia, lo que por sí solo es ya una causa poderosa para suprimirla.

Hay sin embargo una enfermedad que obliga á la madre á la lactancia personal ó en su defecto á la alimentación artificial: ésta es la sífilis. De ningún modo

---

(1) Marfau.—« L'allaitement artificiel », p. 37.

(2) « Revue des maladies de l'enfance ». Enero, 1897, p. 37.

(3) « Tribuna Médica ». Enero 96, p. 22.

(4) Marfau.—Ibid., p. 40.

ni bajo ningún pretexto ni consideración debe dársele nodriza á un niño sifilítico—sería exponer á muy graves peligros, no sólo á la madre de crianza, sino también á su familia,—basta sólo pensar en la extremada contagiosidad de esta enfermedad y en las terribles consecuencias que acarrea, para convencerse de que únicamente la madre puede criarlo ó en su defecto los medios artificiales de que se puede echar mano con ese mismo fin. En cuanto á las otras enfermedades, epilepsia, histeria, etc., basta sólo enumerarlas para darse cuenta de los graves peligros que correrían los niños que fueran amamantados por madres que sufrieran dichos padecimientos. En resumen, las madres deben criar á sus hijos, salvo en los casos enumerados ó cuando, como dice Pozzi, [1] haya decidida mala voluntad de parte de la madre y de la familia.

Imposibilitada la madre por una ú otra causa, para la lactancia de su hijo, ¿á qué medios se debe recurrir para criarlo? Indudablemente que á una nodriza, siempre que ésta reuna las condiciones indispensables para tan importante y delicada tarea.

Antes de señalar las condiciones que debe reunir una ama para que sea buena, queremos decir cuatro palabras acerca de este numeroso gremio:—Somos de los que en principio rechazan á las amas, ya sean externas ó á domicilio y las rechazamos porque ve-

(1) «De l'enfant»—1897.

mos en este negocio, que asume proporciones alarmantes, una mezcla censurable de inmoralidad é inhumanidad. Causa verdaderamente asombro, la facilidad con que algunas madres dejan abandonados á sus hijos, confiados á cuidados fantásticos, entregados á un abandono criminal, para aceptar la crianza de una criatura ajena, á quien va á prodigarle todos los desvelos y atenciones, todas las caricias y gracias que por derecho natural pertenecerían á su hijo arrojado al muladar, sentenciado inocente á una muerte casi segura, después de haber pasado por todos los sufrimientos, por todas las torturas y desdichas imaginables. Al través de ese desprendimiento, se ve la parte moral repugnante, avara y sorda á la voz de la naturaleza, que negocia, con una despreocupación asombrosa, con ademanes placenteros y rientes, el sentimiento de la maternidad que está muy por encima de los demás sentimientos que alberga el corazón humano —todo lo que hay de más caro en la cuna del niño y en los labios de la madre, queda ahogado por la pasión sórdida y repulsiva del lucro y de la avaricia. Y así, del amontonamiento de esos niños que las madres abandonan para ir á vender el jugo de sus pechos, la muerte elige sus presas fáciles que llenan los cajoncitos forrados de azul, con humildes ribetes de plata en los bordes y que en sucesión doliente y triste, llegan á los cementerios, solitos, como el abandono en que sufrieron y van á ocupar el fondo de un pequeño

hoyo en un rincón oscuro donde la maleza exuberante, reemplaza á las flores de la piedad — una crucecita de palo ó de hierro, sin fecha y sin nombre, he ahí todo lo que queda en esas viditas heladas y hambrientas — mueren como vinieron al mundo, en medio de una indiferencia salvaje y cruel. ¡Y todo eso hecho por una madre aguijoneada por el interés y estimulada por otra madre que al abjurar el don que le ha hecho la naturaleza, con pretextos fútiles, la incita á cometer la misma impiedad y el mismo abandono de sus deberes!

El adormecimiento de conciencia de algunas de esas nodrizas llega á tal extremo, que días antes del parto, ya tienen redactado el aviso para el diario y cuando aquél llega, niegan al hijo de sus entrañas el pezón que guardan como una mina de oro para que lo disfrute por completo el niño dichoso cuyos padres le adquieren el sustento á buen precio y que crecerá lozano y robusto, á expensas del legítimo que desfallecerá de frío, olvidado en un rincón de alguna vivienda infecta y sin sol. Muchas de ellas no tienen un recuerdo para sus hijos y cuando mueren, apenas le dedican una lágrima hipócrita y estudiada, lo suficiente para despertar conmiseración en sus amos y excitar sus dádivas, que sirven para consolarla en su dolor y como una recompensa al inmenso sacrificio que les ha impuesto la lucha por la vida!

De cualquier manera que se considere y se mire el asunto de las amas, se llegará siempre á la conclusión

de que en el fondo, es doblemente impío é inmoral y de que envuelve un problema cuya solución es de la más alta importancia vital, social y económica. Al paso que vamos, la mitad de las madres abdicará en la otra el cumplimiento de sus deberes y se creerá desprestigiada ante la sociedad, el día en que por circunstancias opuestas á sus deseos, se vea en la necesidad de arrimar á su seno al hijo de sus entrañas.

El perfeccionamiento industrial, sin embargo, de la leche esterilizada, hace concebir la esperanza de que generalizándose y extendiéndose, pueda llegar el momento en que este intercambio de vida y de muerte se suprima ó por lo menos disminuya en sus alarmantes proporciones actuales. El elemento nodriza será menos necesario en la crianza de los niños y por consiguiente, habrá desaparecido una de las fuertes causas de mortalidad infantil.

Al decir de Marfau, el procedimiento de Goertner, por acción centrífuga, está destinado á ser uno de los mejores procedimientos de lactancia artificial, por la composición resultante de la leche que en definitiva, la acerca mucho á la de la mujer —su costo solamente es, por el momento, superior al recurso de los pobres, circunstancia que no deja de ser bastante grave. Con el perfeccionamiento del método vendrá sin duda el abaratamiento del artículo y la leche esterilizada y apta para los niños llegará al domicilio de los pobres.

Volvamos al asunto de las amas — resuelto el punto por la familia, es necesario buscar una que reuna todas las condiciones indispensables para la crianza del niño, de modo que la salud de éste no llegue á resentirse, ya sea por desproporción en la edad de la leche, ya por enfermedades más ó menos graves cuyas toxinas ó gérmenes pudieran trasmitirse al niño. Una buena nodriza no es cosa tan sencilla y no obstante la abundancia que hay de este gremio, se hace á veces verdaderamente difícil poder encontrar una que se acerque al tipo verdaderamente ideal del higienista. A nadie escapará que una ama debe reunir condiciones especiales dada la índole delicada del cargo que va á desempeñar — debe tener condiciones de salud, edad, carácter y aseo, que no siempre es fácil hallar entre las de su especie. Ante todo, se impone el estudio de sus antecedentes patológicos familiares y personales, y ambos deben buscarse con la mayor escrupulosidad posible, de modo á garantirse de que no haya gérmenes de enfermedades trasmisibles por contacto directo ó por intermedio de la leche.

Verificado este examen, es necesario pasar al estudio de las otras condiciones requeridas. La mejor edad para desempeñar el papel de nodriza, es la que oscila entre 22 y 26 años—ésta es la época en que ya se han revelado ó se revelan, la mayor parte de las enfermedades diatésicas hereditarias y en que el organismo femenino ha adquirido la madurez de su desarrollo. Siempre es

preferible que no sea primeriza porque las que se encuentran en este caso, carecen de la experiencia y de la práctica necesarias para los múltiples cuidados que el niño requiere: se confunden y se aturden fácilmente — ignoran ese *savoir faire* en los detalles que son de cada momento y de tanta utilidad en el cuidado de los niños. Deben procurarse los mayores datos acerca de su carácter y su manera de ser, pues de aquél depende, tanto como de su buena leche, el éxito más ó menos completo en la crianza — su carácter debe ser en lo posible dulce, tranquilo, igual, sin esas bruscas transiciones que indican un temperamento nervioso que tantos inconvenientes y peligros tiene para la vida del niño, — las de este temperamento están sujetas á cambios repentinos, á mutaciones de humor tan inseguros é inexplicables ó á reacciones generales tan serias y á movimientos tan bruscos é inopinados, que confiarles la crianza de un niño sería cometer una verdadera temeridad y á exponer á éste á quedar sin ama á los pocos días de habérsela concedido. Dos órganos deben estudiarse con mucha atención — la boca y la garganta. La boca debiera ser de un cuidado esmerado de parte de las familias — siendo éste un sitio donde pululan los microbios, inertes unos, virulentos otros, pero que todos en un momento dado pueden hacerse igualmente mortíferos, natural es que se concentre en él la atención y se recomienden los mayores cuidados en la conservación de la boca, haciendo que se practiquen con

frecuencia los procedimientos de asepsia más usuales y que se reconocen como eficaces para este objeto. La boca con relación á la salud en general representa un papel importante — baste saber que pone en comunicación dos aparatos que tienen altísima significación en el mantenimiento de la vida y en el juego regular de los demás órganos: el tubo digestivo destinado á elaborar los materiales de repuesto que van á sustituir á los que han sido inutilizados en la actividad funcional y en parte, el respiratorio, aunque su órgano especial no sea ese, destinado á llevar á la intimidad de los tejidos la partícula de oxígeno que se adhiere al glóbulo sanguíneo, el que retorna cargado de gases para ser arrojados al exterior.

Para que estas funciones, especialmente la primera resulten eficaces, es necesario que el tubo digestivo se encüentre en un estado de integridad relativa, empezando por los dientes y terminando por la contractilidad periódica y regular de las fibras del intestino destinadas á hacer efectiva la circulación de las materias fecales.

La masticación incompleta, la carie dentaria, las inflamaciones y abcesos que se forman en consecuencia, determinan fenómenos patológicos generales y locales, irradiándose estos últimos sobre el organismo, produciendo trastornos más ó menos graves, que disminuyen el vigor y la aptitud suficiente para el trabajo.

Una mala dentadura es un peligro permamente y que expone á todas las vicisitudes alimenticias, que siguen una marcha paralela á los fenómenos inflamatorios que sobrevienen, lo que obliga á una dieta relativa, tanto más sensible, cuanto más necesidad hay de conservar el vigor y la salud.

A esos fenómenos inflamatorios se agregan otros—las supuraciones más ó menos considerables y persistentes, reveladas desde lejos por las mismas emanaciones del aliento y que alteran enormemente los líquidos bucales —dichas supuraciones son expulsadas en parte, con la saliva y en parte son deglutidas, infeccionando así el tubo digestivo con productos purulentos y sépticos, que son después absorbidas y se eliminan por la secreción láctea ó por el mismo intestino bajo la forma de diarrea líquida y fétida.

Muchos consideran la carie dentaria, con formación de abceso y exhalación de pus, como causa suficiente para la exclusión de la nodriza. Se citan casos de amigdalitis infecciosas que han tenido una terminación fatal y que han sido atribuídas á los besos que daban las amas en la boca á los niños, estando en esas condiciones. Se comprende fácilmente que en ese caso, la trasmisión de gérmenes virulentos es muy posible y sencilla y al mismo tiempo peligrosa. Al decir que las amas que se elijan deben tener una dentadura sana y limpia, no quiere decir que se busque en ese sentido la perfección, pero al menos, sus encías y sus dientes,

deben mostrar las mejores condiciones de vitalidad y de salud deseables.

La garganta debe ser objeto del mismo atento examen que la boca, lo mismo que los ganglios del cuello —hay dos enfermedades que con frecuencia se localizan en las amígdalas y estas son, la tuberculosis y la sífilis. Es necesario pues, examinar con escrupulosidad el estado del fondo de la garganta, su forma y coloración y el aspecto é integridad de los tejidos en esa región.

La forma del pecho y del pezón, especialmente de este último, tienen capital importancia, porque si fuese demasiado grande ó pequeño ó hundido, la lactancia se haría imposible, de donde resultaría un estado de denutrición para el niño y por consiguiente un peligro muy grave para su vida.

Los pezones suelen presentar grietas más ó menos profundas y extensas, que hacen difícil y hasta imposible la lactancia por los dolores que despierta la succión—dichas grietas no siempre son de carácter simple y transitorio, sino que á veces son de naturaleza específica, lo que hace que sean verdaderamente peligrosas. Por regla general, las nodrizas que presentan grietas en los pezones no deben admitirse, porque cuando menos, presumen la posibilidad de tener que interrumpir la lactancia en momentos menos esperados. Pero estando la nodriza en servicio y presentando grietas en uno de los pezones, debe reemplazársele? Salvo caso

que la lesión asumiera proporciones alarmantes y llegara á complicar á la glándula mamaria, la lactancia puede continuarse, pues cuando es uno solo el pezón afectado, el niño sufre muy poco, porque la cantidad de alimento que toma no varía sensiblemente — hay amas que acostumbran á dar de un pecho con preferencia á otro sin que esa circunstancia influya en la salud y el vigor del niño, — por otra parte, estando ya en servicio la nodriza, habría más conveniencia en someterla á un tratamiento facultativo apropiado, que en reemplazarla por otra, lo que no siempre sería hacedero. Lo único que habría que hacer sería vigilar al ama y cuidar de que ésta, por cualquier motivo, no diera el pecho enfermo al niño, para evitar que con la succión deglutiera el pus y las suciedades de las grietas.

El análisis de la leche debe hacerse por un médico — es la mejor manera de estar seguro acerca de su calidad y bondad nutritiva — los pretendidos conocimientos caseros en esta cuestión, son puramente ridículos y no sirven sino para perjudicar á la criatura y hacer perder el tiempo.

¿La nodriza debe ser delgada, ó debe ser gruesa? Ni lo uno ni lo otro — un estado intermedio ofrece las suficientes garantías de agilidad, robustez y vigor. ¿Cuál debe ser el color de su cabello? Esta es una cuestión de gusto que en realidad es completamente indiferente con respecto á la cantidad y calidad de la leche.

Hay muchas personas que tienen la preocupación de que el color del cabello tiene una influencia muy marcada en esta cuestión y nada hay sin embargo más incierto — lo mismo da el cabello negro que el rubio ó el castaño — su coloración no tiene relación alguna con la secreción láctea; ésta depende únicamente del estado y de la conformación de la glándula mamaria, de su irrigación sanguínea y á veces, de un estado general que no siempre es fácil explicar. Debe desecharse pues, esa preocupación, como otras muchas que se tienen á ese respecto, que carecen de todo fundamento y que no son de ninguna utilidad.

En cuanto á nosotros, podemos decir que hemos visto madres y nodrizas que podrían formar una gama completa de colores por la diversidad de tinte de la piel y del cabello y no hemos visto diferencias esenciales en los resultados de la crianza, que pueda justificar el predominio de un color sobre otro, respecto á la calidad y cantidad de la leche. Igual cosa sucede con las pretendidas propiedades galactógenas de ciertas sustancias alimenticias que todo el mundo recomienda como muy eficaces para ese objeto y que en realidad no sirven sino para llenar el estómago de sustancias indigestas.

En fin, la nodriza debe ser objeto de un estudio tan completo como sea posible, tanto moral como físicamente, pues que de sus condiciones personales dependerán las del nuevo ser cuya vida va á confiársele. En este sentido deben agotarse todos los medios de investi-

gación tanto particular como facultativo, á fin de resguardarse contra cualquier contrariedad ó sorpresa. Estas investigaciones absorben tiempo y hay familias que tienen verdadera urgencia en proveerse de una nodriza —sin embargo, es preferible esperar y entretener al niño por medios artificiales antes que exponerlo á los peligros de una ama que no le convenga por ningún concepto.

Las mismas enfermedades que se oponen á la lactancia materna se oponen también á la de las nodrizas.

Admitida el ama, qué género de vida debe hacer y que alimentos se le deben permitir? Es innegable y cae de su propio peso, que la vida que le conviene debe ser apacible y tranquila, fijándole hasta donde sea posible, sus horas de sueño y de vigilia, lo mismo que las de las comidas —debe evitársele todo aquello que pueda perturbarle desfavorablemente su sistema nervioso y ocasionarle violentas sacudidas morales que repercuten sobre la secreción láctea modificándola en sus propiedades fisiológicas. Los alimentos no deben dársele con exageración como hacen muchas familias con el fin de que el ama tenga bastante leche —sus cantidades no deben exceder de las necesarias, pues las superfluas pueden originarle trastornos gástricos por exceso de alimentación. Un régimen demasiado cárneo disminuye la lactosa ó azúcar de leche y aumenta la manteca; es conveniente pues que aquel sea mixto, á fin de que la proporcionalidad de los elementos en la leche

no se altere, con perjuicio de la prosperidad del niño. ¿Debe dárseles mucho alcohol bajo la forma de vino y de cerveza, como se practica en algunas casas? No; debe dárseles la menor cantidad posible—un poco de vino mezclado con agua, cerveza ó cidra,[1] según la costumbre de la nodriza. Otros van hasta suprimir por completo las bebidas alcohólicas[2] por creerlo perjudicial para la secreción láctea y para la salud del niño.

Por nuestra parte, hemos visto á muchas madres que cuanto más rica hacían su alimentación y mayor cantidad de alcohólicos tomaban, bajo distintas formas, para aumentar la leche, menos cantidad de ésta tenían y más enflaquecía el niño, presentando algunos, diarrea grumosa y fétida y un estado de somnolencia inquieta y quejumbrosa que era muy factible dependiera de un etilismo consecutivo al etilismo materno. Confirma esta suposición, el hecho de que en los casos en que se ha podido cambiar la alimentación al niño, éste ha mejorado rápidamente, cesando todo fenómeno molesto.

Hay que ser pues, muy parco en la administración de alcoholes á las nodrizas, con tanto mayor motivo, cuanto que dichas sustancias pasan por las glándulas mamarias y el niño puede ingerirlo en cantidades diarias

(1) J. Comby — «Formulaire therapeutique et prophilaxie des maladies des enfant».

(2) Pozzi — «De l' enfant» — 1897.

más ó menos grandes, que podrían ocasionarle insensiblemente el etilismo crónico, con todas sus graves consecuencias, ó bien, ataques nerviosos, convulsiones, etc. Vallein, [1] con el título de *Alcoholismo por medio de la lactancia* ha leído últimamente en la Academia de Medicina de París, una conferencia en que hace resaltar los peligros que encarna el abuso de las bebidas esenciadas, por las nodrizas. A lo sumo pues, debe darse por día, un tercio de litro de vino mezclado con bastante cantidad de agua — leche en abundancia, hervida, fría ó caliente — nada de excitantes, especies, ajos, etc.—un poco de café ó té después de cada comida.

¿Cuándo les vuelve la menstruación á las nodrizas ó cuándo se hacen embarazadas, se les debe reemplazar por otra? En uno y otro caso, la leche se modifica en sus componentes más importantes, especialmente en la cantidad de lactosa; pierde su principio acuoso y se hace de digestión más difícil. Si la menstruación no es muy abundante y no dura muchos días y se nota que el niño no sufre por esta circunstancia, no hay en realidad, verdadero motivo para cambiar el ama — en caso contrario debe verificarse, sobre todo si al niño le sobrevienen vómitos y diarrea y disminuye de peso.

Durante los primeros meses del embarazo, puede, según la opinión de algunos autores, seguirse la lactancia sin que esto perjudique la salud y el aumento

(1) «Revue des maladies de l'infance»—Enero 1897.

progresivo en el peso; pero otros se oponen á esta práctica en atención á que el nuevo ser en formación necesita de los elementos de la sangre materna para su desarrollo regular y á que la función lactógena no es tan activa y pierde diariamente sus propiedades nutritivas.

Como regla general no debe lactarse más de un mes y medio ó dos después de haberse reconocido el embarazo, pues el nuevo trabajo uterino que se verifica necesita reposo por lo menos, de parte de la mujer, ya que la lactancia origina atenciones y desvelos que quebrantan las fuerzas y perturban el sistema nervioso. Hay por consiguiente que darle una nodriza al niño si es la madre la que lo cría ó bien reemplazar aquélla por otra, si se amamanta con leche mercenaria ó en último caso, si la edad de la criatura lo permite, someterla á la lactancia artificial.

Entregado el niño á la nodriza ¿debe permitírsele á ésta que lo críe según sus creencias y el método que tenga para ello?

Los padres y el médico deben intervenir de cerca en este asunto, fijando el modo y las horas de aseo y el número de veces que el niño será aproximado al pecho.

No pocas amas tienen ideas ridículas y á veces perjudiciales respecto á la lactancia y son víctimas de errores y supersticiones que adquieren en los medios de ignorancia en que viven y que procuran siempre poner en práctica, con tanta más razón, cuanto que,

por su carácter de tales, se creen con derechos á ponerlos en ejecución.

Es necesario, por consiguiente, no dejar que prevalezca su criterio rudimentario y á veces absurdo y oponerse á prácticas perjudiciales de las que en definitiva, la criatura sería la única en sufrir sus consecuencias.

No se les debe permitir tampoco que con pretextos más ó menos fútiles, estén dando de mamar á cada momento al niño—ésta es una práctica perniciosa que profesan casi todas las amas, las que no tienen en cuenta los malos resultados de semejante proceder—la demasiada ingestión de leche sin el suficiente espacio de tiempo para hacer la digestión, les origina el hábito de la glotonería, sin contar las dispepsias, los dolores de vientre y la dilatación de estómago que concluyen por formarse.

Es menester que medie un intervalo de hora y media ó dos entre cada vez que se le dé el seno al niño. Así reglamentará mejor su existencia, el ama dispondrá de algún tiempo para sus quehaceres personales y la digestión se hará completamente, como lo probarán las deposiciones fecales, que serán unidas, bien trabadas, sin grumos caseosos y de una coloración uniforme.

De noche bastará que el niño tome el seno dos veces —una á las diez ó las once y otra á la madrugada— de ese modo la madre ó nodriza podrán disponer de las horas suficientes para el sueño. Y no haya temor de que con esta reglamentación se perjudique el niño en

su salud y en el peso, como estarán tentadas á creerlo muchas madres y amas para quienes la vida de aquél consiste en estar día y noche adherido al seno en una succión inacabable, sino que por el contrario, el mayor distanciamiento en las dosis alimenticias producirá, como resultado más inmediato, la mejor asimilación de la leche ingerida y por lo tanto, aumento en los tejidos y como corolario obligado, el aumento de peso en general.

Es necesario desterrar en absoluto la malísima costumbre que tienen las que crían, de dar de mamar al niño, á cada momento, y con cualquier motivo, no siendo pocas las veces que lo hacen con el único fin de que no llore, de modo que en estos casos no llena verdaderamente una necesidad, sino más bien un recurso ó ardid poco plausible que se pone en ejecución para evitarse la molestia de entretenerlo para que se calle.

No está demás repetirlo — la ingestión incesante de leche tiene más inconvenientes que ventajas y entre los primeros, es fuerza citar la dilatación del estómago que suele aparejarse con verdaderos peligros.

Otra de las malas costumbres que tienen los que lactan y que concluyen por trasmitírsela al niño — que desde entonces hace su sueño con interrupciones frecuentes — es la de ponerlo al seno todas las veces que se recuerda en la noche, de donde resulta que á menudo, ni la madre ni la criatura han podido descansar en las horas que fisiológicamente debieran destinarse

al reposo y al sueño. Estas incomodidades las sufren como consecuencia de la falta de método en la crianza y á las ideas erróneas que se tienen de que el niño sufriría mucho si no se le pusiera con frecuencia al pecho.

Las amas deben lavarse los pezones después de dar de mamar al niño, para lo cual pueden servirse de un poco de agua hervida entibiada y un pedacito de algodón hidrófilo — en casos en que hubiese indicios en quererse formar grietas ó escoriaciones, el agua hervida puede reemplazarse por una solución débil de ácido bórico.

Una costumbre verdaderamente censurable que tienen algunas nodrizas y que debe evitarse ó prohibirse terminantemente, es la de dar de comer de boca á boca, á los niños, cuando éstos han empezado á hacer uso de sustancias alimenticias artificiales como coadyuvantes de la lactancia materna — esta costumbre sobre ser peligrosa, es sencillamente asquerosa y repugnante — con la saliva se ablanda la masa ó contribuye á la trituración del confite del que se hace una papilla más ó menos homogénea que mezclada con detritus bucales. va después á parar al estómago del niño — esto que se hace como una gracia, debe condenarse, por lo menos, como una grave falta de aseo.

Hay verdadera preocupación popular respecto al cascarón sebáceo que se forma en la cabeza de los niños de pecho — dicho cascarón suele adquirir un

espesor verdaderamente asombroso y no se les saca obedeciendo á ideas completamente estrafalarias, estúpidas é irracionales—para unas, su conservación significa la salud y para otras, su extirpación involucra la aparición de enfermedades temibles. Esto es sencillamente ridículo—la mugre nunca ha sido la salud ni su desaparición puede engendrar enfermedades—esos depósitos y estratificaciones sebáceas, deben sacarse por medio de la limpieza diaria, con agua jabonosa, sirviéndose para el lavado, no de la esponja que es peligrosa y sucia, sino de una bola hecha con algodón hidrófilo, que se inutiliza después de haberla usado. Esas costras y esa roña deben suprimirse, no solamente porque es perjudicial á la salud, sino también porque acusa desaseo en los encargados del niño y finalmente, porque causa repugnancia y disgusto ver criaturas con esas inmundicias que contrastan con la blancura y con el lujo de las valencianas y blondas de las gorritas domingueras.

Las nodrizas no deben acostar consigo á los niños porque esa práctica no sólo es innecesaria sino peligrosa. Conocemos más de un caso de *conjuntivitis purulenta* por madres que tenían la costumbre de hacer dormir con ellas á sus niños de pecho y que padecían de flujos vaginales, los que habían originado la enfermedad por el contacto de las manos ó simplemente de las ropas.

Hay que acostarlos pues, estén sanos ó enfermos, en

su cuna y ésta debe ser objeto de cuidados constantes y asiduos, porque siendo ella donde pasa el mayor número de horas durante los primeros meses de su existencia, es allí donde debe hacerse un verdadero derroche de prolijidades y atenciones con el fin de que el niño duerma y descanse tranquilo en las horas de sueño. Nada lo desvela y mortifica tanto como una cama mal hecha, de colchones duros, de sábanas arrugadas ó humedecidas por los orines ó bien, completamente frías en la estación de invierno, lo que le impresiona desfavorablemente y lo mantiene insomne y agitado.

Hay que evitar el uso de cunas de madera, porque en general son antihigiénicas, se infiltran con facilidad con los productos de las diversas secreciones y se convierten á veces en verdaderos criaderos de insectos que martirizan al niño en las horas de la noche— por otra parte, no ofrecen aereación suficiente para los colchones y como por más cuidados que se tengan no dejan éstos de humedecerse alguna vez, resulta de ello un medio y una atmósfera verdaderamente nociva para la criatura. En invierno y en las habitaciones un poco húmedas, las cunas deben situarse en un sitio un poco elevado á fin de evitar que el niño respire el frío y la humedad de las capas inferiores del aire, lo que le produciría resfríos frecuentes.

Los colchones deben ser lisos, de crin ó de lana, sin apelotonamientos, ni duros ni blandos, protegidos

por un impermeable un poco más grande, con sábanas de algodón en invierno, calientitas en esta estación, porque el frío produce en los niños mayor frecuencia en las micciones. La cuna no debe estar protegida por cortinas ó doseles gruesos, que impidan la infiltración del aire y por consiguiente su renovación — no se las pondrá donde haya corriente de aire ni donde puedan sufrir la acción directa de la luz artificial.

Al niño se le debe acostar de lado, á la derecha ó á la izquierda, muy rara vez de espalda, para prevenir la asfixia que pudiera sobrevenir consecutivamente á la introducción en las vías aéreas de partículas alimenticias vomitadas; esta recomendación es de mayor necesidad cuando hay trastornos del aparato gastrointestinal acompañados de vómitos.

Una rutina que tiene más inconvenientes que ventajas y que debiera proscribirse en absoluto, es la de fajar á los niños tan fuertemente que los reduce á la condición de un envoltorio rígido é inmóvil, como si se les quisiera aprensar entre las vueltas de un vendaje destinado á estirarlos en una prolongación indefinida — de ese modo los movimientos quedan totalmente abolidos, los miembros sometidos á una rigidez perjudicial y la respiración á ser puramente torácica superior, lo que dificulta la expansión regular de los pulmones y por consiguiente, su ventilación completa y la mejor oxigenación de la sangre. Los vestidos pues, no deben ser tan apretados; por el contrario, deben ser holgados

y amplios, aunque suficientemente abrigados, de modo que permitan cierta movilidad á los miembros tanto superiores como inferiores, con el fin de que el niño se ejercite en una especie de gimnasia, útil á su sistema muscular, á sus intercambios nutritivos y á su calorificación general. La rigidez cadavérica que se le imprime al transformarlo en lío, es nociva á su salud y al regular desenvolvimiento de sus órganos — la plasticidad de éstos y la armonía del esqueleto pierden mucho con semejante sistema — además, no hay razón bastante poderosa para aceptar como bueno un método que por el contrario tiene mucho de perjudicial — el inconveniente que más resalta á primera vista, es el eritema y las escoriaciones que se forman en la parte interna de los muslos y en las nalgas, á consecuencia de las secreciones que bañan casi constantemente la piel delicada y fina de esas partes y del frote que se verifica entre ellas, imposibilitadas como están, para separarse. Los brazos y las piernas deben estar sueltos y las ropas ser bastante holgadas, de modo que el niño se mueva y respire con facilidad. Las bombachas, los escarpines y las blusas, reemplazan ventajosamente á las fajas envolventes y martirizadoras.

¿Las amas deben bañarse? A muchos les parecerá extraña esta pregunta y sin embargo nada más frecuente que oir decir, especialmente en los pueblos de campo, que el baño no les hace bien. Esta es una de las muchas rarezas y preocupaciones que se tienen

sobre este asunto — basta que una mujer esté de crianza para que se crea que hasta los más elementales cuidados higiénicos le puedan hacer mal — el aseo diario, el aire, el agua fría, la limpieza del cuerpo, todo les produce un retraído sentimiento de temor y desconfianza como si el cuidado personal fuera susceptible de engendrarles toda suerte de enfermedades merced al estado especial en que se hallan. Nada más injustificado y sin fundamento que ese temor — los baños no hacen mal á nadie y mucho menos á las amas que lo necesitan más que nadie. Por el contrario, deben practicar esa operación tan frecuentemente como sea posible, porque independientemente de su acción saludable sobre el organismo en general, ejercen una inmediata sobre la piel, á la que despojan de su capa sebácea y de su renovación epitelial, manteniendo con carácter permanente sus benéficas condiciones de emuntorio.

La habitación de la nodriza será suficientemente espaciosa y aereada, no contendrá sino los muebles indispensables para su uso y se evitará toda emanación olorosa ó producción de humo de cigarros ó brasas encendidas que alteren la composición del aire y le hagan perder parte de sus propiedades vitales. En lo posible deben estar solas con el niño y evitarán siempre que haya enfermos en la misma habitación para no viciar el aire con emanaciones infecciosas. Jamás debe hacerse el barrido mientras el niño esté durmiendo, y cada vez que haya que hacer esa operación,

deberá trasladársele á otra habitación mientras se ventila y asolea la otra; ese procedimiento tiene por objeto evitar que el niño absorba con la respiración partículas orgánicas y gérmenes de enfermedades.

¿Se les debe dar alcohol á los niños? No; esa sustancia les es altamente nociva y se citan casos de enfermedades del hígado, de enanismo y de atraso en el desarrollo físico é intelectual, debidos exclusivamente á su uso intempestivo — en ellos la administración de alcoholes debe ser objeto de meditación y cálculo, y no propinarlos sino cuando sean necesarios los estimulantes en un empleo terapéutico.

¿Mientras el niño está en lactancia, se le pueden dar sustancias alimenticias como coadyuvante al alimento materno? — Durante los primeros meses la salud, la vida y la delicadeza de los órganos digestivos del niño, requieren, casi imperiosamente, que su alimento sea exclusivamente femenino—cualquier otra sustancia que se le agregue, sin esperar á oportunidades favorables para ello, lo expone á graves contratiempos y peligros. El aparato digestivo del niño es tan delidado, tan sensible á todo cambio de alimentación y tan defectuoso é incompleto en sus funciones durante los primeros meses de su existencia, que es necesario proceder con mucha cautela en las modificaciones que quieran hacerse en su sistema alimenticio — proceder de otro modo sería no sólo imprudente, sino también favorecer el desarrollo de enfermedades que, en la generalidad de

los casos, son perfectamente evitables. Se encuentran niños,—que se muestran orgullosamente como ejemplos,—que han sido criados al biberón desde el primer día de su nacimiento y que se han desarrollado y se mantienen fuertes, lozanos y alegres, sin que hayan presentado nunca perturbaciones digestivas de importancia ni trastornos, siquiera fuesen pasajeros, en la regularidad de formas de su esqueleto. Pero estas son excepciones, y las excepciones en asuntos de esta clase no pueden admitirse sino como una rareza.

Puede ayudarse á la lactancia femenina dando al niño, con intervalos regulares, una dosis determinada de leche de vaca, burra, etc.? Circunstancias determinadas, contrarias á veces á sus deseos, pueden obligar á la madre que lacta, á ayudarse de medios artificiales que cooperen á la crianza de su hijo — el trabajo, los accidentes diversos á que está sujeta la vida, la insuficiencia en la secreción de la leche y otras causas, algunas de carácter temporario, otras simplemente pasajeras, figuran en el grupo de las que obligan á ese recurso.

Puede entonces echarse mano, si la edad del niño es escasa, á la leche de burra, cuya composición química es sensiblemente igual á la de la mujer, aunque es menos rica en manteca y más en sales — en caso de imposibilidad de conseguirla, puede recurrirse á la leche de vaca, que por su generalización y abundancia puede obtenerse en cualquier parte y en cualquier momento.

La primera se dará pura, en la cantidad que se calcule precisa el niño, alternando con las veces que se le dé el seno y dejando entre una y otra, un intervalo de dos horas, de modo á facilitar la digestión de la leche ingerida.

Siendo las horas del día en las que el niño hace su mayor número de succiones, ha de tenerse el cuidado de repartir por partes iguales el número de veces que corresponda á una y á otra y no dividir las veinticuatro horas en dos secciones, destinándolas por partes iguales á cada género de alimentación.

Procediendo así alternativamente y con verdadera prudencia, la lactancia natural corrige ó atenúa en mucho los desórdenes gástricos que pudieran originarse. Si hubiera que recurrir á la leche de vaca, como ésta es indigesta para los niños de corta edad á causa de la fuerte proporción de caseina que contiene, habría necesidad de mezclarla con una parte de agua hervida sola, en proporciones variables según la edad del niño.

En el primer mes podrá dársele un tercio de leche y dos de agua; en el segundo, mitad y mitad, si se tolera bien, en el tercero se dará dos de leche y uno de agua; del quinto mes arriba, pero ateniéndose siempre á los efectos que se produzcan, la leche se dará relativamente pura.—Claro es que estas proporciones no obedecen á reglas fijas y que ellas son susceptibles de variar en más ó en menos según la tolerancia

gástrica de cada niño en particular y lo prueba la diversidad de criterio con que se aprecia este asunto.

De todos modos, á la leche de vaca se le agregará un poco de lactosa ó azúcar de leche ó simplemente azúcar común y un poquito de sal de mesa.

¿A los niños muy pequeños que se crían al pecho ó que están sujetos á la lactancia mixta, se les puede dar otro alimento independientemente de la leche? Sería verdaderamente peligroso recurrir á otra alimentación que no fuera esa y aun esa misma presenta innumerables inconvenientes. Como en la generalidad de los casos se echa mano de preparados ó productos artificiales que tienen por base los amiláceos y como el sistema de glándulas salivares en el niño no ha adquirido la plenitud de sus funciones, la digestión y transformación de los amiláceos en glucosa, es una operación difícil, lenta y laboriosa, que concluye por ejercer una influencia nociva en el aparato gastro-intestinal, como lo testifican los numerosos casos que se observan diariamente. Es necesario pues, hacer á un lado todos esos compuestos más ó menos manuables y asépticos y desechar los caldos y papillas hasta que el niño esté en condiciones de poder hacer uso de ellas; por otra parte, más de un raquítico debe sus deformaciones óseas al uso prematuro de sustancias alimenticias que no estaban en concordancia con su poder digestivo.

Esos chicos que se ven por las calles con las piernas torcidas y el pecho deformado, son el resultado de una

alimentación inconveniente é inadecuada, por más que algunas madres ó tías le buscan explicación al defecto, achacándoselo á algún daño ó á algún accidente que sufrió alguno de esos antepasados anónimos que sirven para disculpar muchas cosas.

¿Hasta qué tiempo debe lactarse al niño y por consiguiente, hasta cuándo se necesitarán los servicios de la nodriza? Es ésta una de las cuestiones más debatidas y más difícil de resolver para la generalidad de los casos. Y se explica esa dificultad si se tiene presente que no todos los niños son igualmente sanos, vigorosos y de fuentes insospechables, que permitan hacer conclusiones generales que sirvan indistintamente para todos los casos — lo que es aplicable para uno, no sirve para el otro — lo que en uno da éxito, en otro da fracaso, revelando así cada uno su manera de ser propia y su idiosincrasia particular.

Hay niños que hacen sus dientes pronto; otros más tarde — los primeros no sufren nada ó casi nada y cada dientito es un triunfo para ellos — los segundos sufren todas las incomodidades y todas las angustias imaginables y cada erupción dentaria es una verdadera lucha que pone en agitación toda la casa. Como la aparición de los dientes y de las muelas indican, en tesis general, una más amplia habilitación del tubo digestivo para la lactancia artificial y el destete, de ahí que se prefiera esa época para modificar la alimentación del niño ó cambiarla por otra, puesto que con ella coin-

cide el menor número de peligros que pueda engendrar dicha modificación.

Ateniéndonos á estos datos, se ve pues, que el período de tales innovaciones es sumamente variable, y que dicha variabilidad se corresponde directamente con el estado especial del niño; á mayor lozanía y más pronta dentición, mayor probabilidad de resistencia, y por consiguiente, de éxito; á menor robustez y atraso en la dentición, menos posibilidad de obtener ventajas. Por otra parte; el criterio de los especialistas no se ajusta uniformemente sobre este asunto, y cambia con cada uno de ellos en proporciones que son realmente curiosas; quien dice diez meses, quien doce, otros quince ó dieciocho, y no falta algún bibliófilo amante de exhumar antigüedades—como si la naturaleza no pudiera estudiarse de cerca—que nos proporcione el dato risueño de que los arabes y los hebreos permanecían colgados del pecho de las madres durante tres ó cuatro años, que era el corto tiempo que duraba la lactancia, lo que hace suponer que se les despechaba casi necesariamente para ir á la escuela y que aquellas madres eran de una naturaleza privilegiada. Esos períodos tan largos son, no sólo repugnantes por lo que respecta al niño, sino también perjudiciales para la madre, que se agota y destruye en una lactancia demasiado prolongada.

Además, cuando el niño tiene ya ocho ó diez meses, demuestra con sus gritos y con sus frecuentes deseos de mamar, que la leche como alimento no le satisface

en absoluto, y que necesitaría otra cosa que coadyuvara con aquélla á su mantenimiento, de modo que alargar la lactancia y hacerla exclusivamente femenina, sería, cuando menos, un continuo martirio y una causa de debilitamiento —sobre todo en las primerizas— para las que tienen que criar.

Verdad es que en caso de enfermedad, el niño que tiene su alimentación adecuada y sana, aunque ésta váyase haciendo cada vez más insuficiente, á medida que aumentan las necesidades orgánicas, está por esa misma circunstancia, en mejores condiciones para resistir el ataque exterior; pero eso no es más que problemático, porque no se puede saber con anticipación y á ciencia cierta, si un niño se enfermará ó no, de cualquier cosa; eso es del dominio de lo desconocido y de lo excepcional, que de ningún modo puede ser motivo para justificar una lactancia indefinida.

De todos modos, un término medio prudencial para empezar el destete, es aquel en que el niño tiene doce meses de edad. En esa época ha pasado ya por el período más difícil, que comprende los primeros meses de su existencia y que son los que forman, por decirlo así, el cabo de las tempestades de la infancia. Sus órganos están suficientemente desarrollados, su aparato digestivo ha adquirido mayores aptitudes para el nuevo trabajo que lo espera; sus necesidades alimenticias son más grandes; su inteligencia empieza á despertarse en relampagueos luminosos; su vigor se ha acentuado en

rasgos bien definidos; sus formas han adquirido contornos más claros y precisos; sus movimientos son más ágiles y sueltos; todo en él, en fin, revela la abundancia de vida que lo anima y las condiciones favorables que lo acompañan en esa edad, que están como indicando que ha llegado el momento de cortar el último lazo material que aun lo estrechaba á la madre, para no dejar subsistentes sino los vínculos morales é intelectuales.

¿Cómo debe verificarse el destete, gradual ó repentinamente? Esto último no es lo preferible, pues no sin grandes sacudimientos se pasa de golpe de un género de vida á otro, especialmente tratándose de niños á quienes impresiona desfavorablemente todo cambio brusco en su manera de ser. El cambio debe hacerse por transiciones graduales y descendentes, de manera que la tolerancia se establezca insensible y paulatinamente. Se empezará por suprimir dos ó tres del número de succiones que le corresponden durante el día, y se les reemplazará por otras tantas dosis de leche de vaca, convenientemente preparada, en cantidad de ciento cincuenta gramos, á los que se les agregará una pequeña cantidad de bicarbonato de soda, tal por ejemplo, como la que puede caber en una pulgarada, adicionándole al mismo tiempo una pequeñita cantidad de sal de mesa. Dichas dosis deben darse con intervalos de dos ó más horas entre sí, y es siempre preferible que la leche constituya por sí sola, el único alimento extraño que se le

dé al niño en los primeros días. Así, poco á poco va sustituyendo la lactancia artificial á la natural, y preparando el terreno para las sucesivas innovaciones alimenticias que se irán haciendo.

Si el cambio parcial es bien tolerado, como lo probarán el aspecto del niño, sus deposiciones regulares, casi inodoras, y bien trabadas y la suavidad y blandura del vientre, lo mismo que su sueño tranquilo y apacible y el brillo y animación de su mirada. entonces se procura avanzar cada vez más hasta llegar al término final del destete, al que es conducido el niño insensiblemente y sin que él dé muestras de desagrado y contrariedad.

El método gradual es siempre preferible por dos razones — primeramente porque es proceder contra la naturaleza hacerlo repentina y brutalmente, y segundo, porque en caso de no ser bien tolerado por el niño, habría siempre la oportunidad de suspenderlo sin grave violencia y de postergarlo para otra oportunidad.

Además, alternando la leche de vaca con la materna, esta última, por acción propia y por su tolerancia natural, corrige en parte los trastornos que aquélla pudiera originar, ventaja inapreciable y centro de apoyo para las determinaciones que el médico ó la familia, quieran tomar.

Para darse cuenta de si el organismo del niño aprovecha de la nueva alimentación, es decir, de si asimila, es necesario tener la precaución de pesarlo todos los

días, á una misma hora y en ayunas; de ese modo se conocerá diariamente las progresos que haya hecho en ese sentido ó bien, se sabrá si disminuye de peso, en cuyo caso deben tomarse las medidas que el buen sentido indica.

Establecido el régimen lácteo artificial, como éste después, por sí solo, resulta insuficiente, se hace indispensable agregarle otras sustancias alimenticias que cooperen á la nutrición del niño. Es conveniente entonces aumentarlo, añadiéndole algún compuesto amiláceo de los que más se usan para ese objeto: fosfatina, racahau, harina láctea, caldo con sémola, yema de huevo batida sobre la que se vierte un poco de agua hirviendo y una pequeña cantidad de agua de azahar y azúcar común; crema, caldo de vaca, adicionándole un poco de corteza de pan raspado y según funcione el tubo digestivo, huevos pasados por agua, más bien blandos que duros, por ser en esas condiciones de más fácil digestión. Estas sustancias se pueden dar, unas, añadidas á la leche, y otras, solas, pero dejando entre sí intervalos suficientemente alejados para no sobrecargar el estómago con la aglomeración de alimentos que pueden determinar una indigestión. Es conveniente no olvidar que la base de la alimentación será siempre la leche, á la que debe volverse en caso de que los otros alimentos no sean bien tolerados. Si el niño prospera y su peso adquiere diariamente mayores proporciones, se irán aumentando paulatinamente las dosis alimen-

ticias y al propio tiempo se agregarán otras: manteca, puré de papas, sopas de fideos, etc. Como bebida el Agua de Vichy ó sencillamente agua hervida y fría; ni alcoholes, ni vino, cuya acción es más bien perjudicial en los niños. Hasta después de dos años no se les puede dar carne ni ninguno de sus derivados: extracto, jugo, te. De dos á dos años y medio puede empezarse el régimen cárneo, teniendo cuidado de principiarlo con aquellas cuya digestión es más fácil — así, se dará sesos, despojados de su película, aves tiernas, igualmente despojadas de la piel ó dermis; esta alimentación cárnea se hará solamente dos veces al día, por la mañana y á la tarde y en pequeña cantidad, — nada de carne cruda porque engendra la lombriz solitaria — los excitantes, té, café, mate, deben proscribirse en absoluto; los baños deben instituirse permanentemente, no sólo porque son indispensables para la limpieza é higiene de los niños á quienes es difícil mantener limpios, sino porque vigorizan el cuerpo y aumentan el coeficiente de salud. En esta época deben ya estar vacunados.

Pasemos ahora á estudiar la leche.

TAMBOS Y LECHE

No son todos felizmente los que pueden caer bajo la crítica—algunos hay limpios, blanquitos, bien cuidados, con vacas regularmente bien mantenidas, donde se cumplen las ordenanzas municipales, dictadas con el propósito de su buena conservación y aseo; que constituyen raras y honrosas excepciones en el gremio tamberil, aunque dentro de las exigencias de la higiene, no formen ni con mucho, el ideal apetecido. Pero otros por sus deficiencias generales, penden sobre la salud pública, como la espada de Damocles, en actitud siempre amenazadora, como un enemigo que acecha la oportunidad propicia para arrojarse de golpe sobre su adversario descuidado.

Cuando por un lado se tienen presente las revelaciones sorprendentes del miscroscopio y el estudio casi completo de los microbios, con especialidad, los patógenos—y por otro, el desaseo, á veces repugnante, que se observa en muchas de las casas destinadas al expendio del artículo alimenticio de mayor consumo, la leche —no puede evitarse un doble sentimiento, de protesta y recelo temeroso, calculando todos los males que pueden

originarse como consecuencia de un abandono y desidia semejantes.

Y mucho más grande es ese temor cuando nos imaginamos que ese alimento es indispensable para la vida del elemento más joven, más debil y enfermizo de la sociedad y que ira á parar á su estómago revuelto con sustancias extrañas, para causarle toda suerte de enfermedades, que pueden evitarse con una inspección severa é inflexible.

El tambo, como generalización y *specimen* industrial, no es en el fondo, más que una especie de conventillo disfrazado, con mayores proyecciones que éste, puesto que se irradia y extiende en todas direcciones y lleva á todas partes los gérmenes que fermentan y pululan en sus lodazales y basuras. Allí se reunen todas las condiciones contrarias á la higiene — pequeñez de espacio, ventilación escasa, insolación insuficiente, humedad resbaladiza, que filtra de todas partes como trasudaciones de un cuerpo enfermo, limpieza fantástica, paredes sin blanqueo, que ostentan las sombras difusas de sus capas de polvo — manos mugrientas que ordeñan ubres sucias, cargadas de detritus orgánicos, de desperdicios del mismo animal, semillero de microbios que esperan ansiosos el caldo oportuno en que han de reproducirse en cantidades incontables — un montón de vasos de vidrio, apilados en orden cerrado sobre un mostrador de forro de lata y que pasan de boca en boca, de niño en niño, de enfermo á sano, de un tuber-

culoso á un convaleciente y que se lavan *perfectamente* en el balde de agua, siempre la misma, que disimula sus suciedades y cambiantes, debajo del mostrador, al lado de un montón de tarros vacíos, abollados y con manchones irregulares de oxidación, vetas y cicatrices honrosas que atestiguan sus largos años de servicio.

Al lado ó en el fondo, un pesebre de exposición, casi microscópico, sobre un tablado que se filtra como un arnero, la hilera de vacas, alineada como una compañía de inválidos, rumiando, con la cabeza alzada, el escaso forraje que en definitiva, ha de convertirse, más que en leche, en billetes de banco, que en rollos aprisionados con elásticos de caja de fósforos, irán á completar el relleno de la maleta del propietario.

De sus pezones firmes, hipertrofiados y sucios, que cuelgan como dedos inflamados, una mano igualmente sucia, calientita todavía con el calor de la cama recientemente abandonada, extrae la leche que se escapa en chorros gruesos é intermitentes, formando en el fondo del jarro de lata y entre el remolino de espumas que asciende, un estrépito de redoble metálico que poco á poco se va apagando hasta terminar en una nota gangosa y ronca que se extingue suavemente en los bordes de la vasija. De allí pasa, por un vuelco de revés, al tarro de ancho cuerpo y cuello estrecho, que se tiene á mano, que apenas ha sido lavado con una agua cualquiera y donde sufrirá la elaboración de la descrema-

ción y la de la mezcla compensadora y que se destina para los clientes á domicilio y para los marchantes pobres que van á buscarla en sus jarras de loza, rotas.

A veces, en las horas de la mañana, confundiéndose con las últimas sombras de la noche, se ven torbellinos de polvo que se levantan impulsados por el escobillón de cerda del peón tambero, que reverberan en claridades finísimas á la luz del farol de kerosene, colgado de la pared — la nube asfixiante y densa, se alza lentamente, oscila y se sacude contra las paredes, se infiltra por todas las aberturas y requicios de la casa, se adhiere á los tarros y á las tapas, hasta que en un prolongado movimiento de ondulación, gana el zaguán y se lanza á la calle en bocanadas oscuras y precipitadas que el viento arrebata en movimientos de arrastre, locos y convulsivos.

El lavado de los pisos y paredes, los suele hacer, de tarde en tarde la divina Providencia, por medio de lluvias bienhechoras, que revuelven huecos é intersticios, reblandeciendo secreciones petrificadas y que forman después charquitos, que alargan por los declives, proyecciones vacilantes, de avance tembloroso, como movimientos de gusano que se estira, hasta que al fin rebalsan, se unen entre sí y formando una corriente espesa, verdosa y llena de burbujas fétidas, enfila por la canaleta y huye á la calle, con arqueos de lomo, como una enorme y ancha culebra puesta en desordenada fuga..

Si las ordenanzas y obligaciones de aseo, son olvidadas y negligidas en las ciudades, donde, cuando menos, hay el temor del castigo; en los pueblos de campo, que viven absorbidos por la política, pasan totalmente desapercibidas, porque nadie las recuerda — cuando las hay—y por consiguiente nadie las cumple.

Así no es de extrañar encontrar aquellos tambos desmantelados, chatos y sombríos, envueltos en inmundicias de todo género, en que el desaseo orillea en los términos de lo increíble, empezando por sus dueños, para quienes los cuidados personales y la higiene del hogar, son fantasías innecesarias y terminando en el muchacho vaquero y ordeñador, que va de un lado para otro, inquieto como una titilación, floreado de remiendos y que aprisiona sus largos y retorcidos mechones en un capacho desteñido, bonete de payaso que el menor soplo le arrebata de la cabeza.

Personas y animales, sanos y enfermos, todos viven confundidos en una intimidad tan estrecha, que no parece sino que una misma onda sanguínea los nutriera y un mismo latido cardíaco les diera la vida.

Y el desorden y la falta de previsión se armoniza con la falta de higiene — á pocos metros de la casa, el corral, donde se encierran las vacas que pisotean el tembladeral de barro y estiércol, que ondula como una gelatina y se pudre en una descomposición lenta, despidiendo un vaho húmedo y hediendo, que se pega á la ropa como una untura venenosa — el sol de estío hace fermentar la

enorme masa verdinegra y el mosquero inquieto, se agita y zumba en su superficie como una colmena en dispersión, mientras la ráfaga que pasa, lleva á lo lejos sus asfixiantes emanaciones amoniacales. Y ese orden de cosas, contrario á toda buena administración, se mantendrá indefinidamente, mientras no se adopten medidas protectoras que hagan disminuir, en lo posible, los efectos perniciosos de tanto descuido.

Es casi seguro que la mayor parte de las afecciones estivales del tubo gastro-intestinal del niño — diarreas infecciosas, colerinas, etc., — no dependen tanto de la acción del calor estacional, como de la mala condición de la leche, mezclada con aguas sucias, ordeñada á la tardecita, para que el reparto del día siguiente no sufra contratiempos, y que se expende muchas veces, en estado de fermentación avanzada. Y están en error los que creen que en la campaña puede tomarse leche pura — los del gremio no pueden prescindir de sus mañas industriales — la leche que va á la fonda ú hoteles, tiene menos leche que la que va á casas de familia; la que bebe el rico, es más nutritiva que la que bebe el pobre; la que se fía es menos legítima que la que se vende al contado, y así resulta esa variedad de precios para un mismo artículo.

Tratándose de un asunto de tan alta importancia, debieran ejercitarse todos los recursos legales, á fin de disminuir, ó mejor, suprimir esta defraudación que se hace á la salud pública y no permitir el expendio, en

calidad de alimento, más que de una sola clase de leche, que conservara todos sus componentes naturáles y sin adicionársele sustancias extrañas. En resumen, la higiene en los tambos debe ser severísima, pues de la limpieza y bondad de los artículos que se entreguen al consumo público, dependen la vida y la salud de millares de personas.

Los tambos y sus accesorios, pisos, envases, corrientes de agua, pesebre, revolcaderos, etc., debiera ser objeto de una atención especial y de una reglamentación completa, dada la índole de los servicios que presta á la sociedad—los envases, sobre todo, debieran ser de loza, vidrio ó cualquier otra sustancia susceptible de sufrir la acción purificadora del agua hirviendo, para ser convenientemente desinfectados antes de usarlos—las ubres, antes de ser ordeñadas, debieran sufrir un lavado antiséptico, para despojarlas de sus secreciones y suciedades—igual cosa hay que decir del ordeñador: debe jabonarse y cepillarse cuidadosamente las manos antes de hacer esa operación.

En los pueblos de campo, los concejos municipales pueden dictar medidas reglamentarias para el expendio de la leche y hacer efectiva la inspección, no del artículo en sí mismo, sino de su punto de origen. Bastaría para ello, que los consejos de higiene provinciales estimularan un poco, en ese sentido, el sentimiento administrativo de las municipalidades de campaña, las

que, en general, se ocupan muy poco de los intereses de sus gobernados.

Y no hay razón suficientemente válida que pueda invocarse para el mantenimiento de semejante estado de cosas—el que haya visto tambos de campaña ó simplemente de los suburbios de la ciudad, se asombrará de que no sean más frecuentes las epidemias de enfermedades infecto-contagiosas—sin contar la falta de examen veterinario de los animales destinados á suministrar la leche. Verdad que las epidemias se presentan con frecuencia y que pasan desapercibidas porque nadie presta atención ó mira con indiferencia todo lo que se relaciona con la campaña.

Hecha esta brevísima reseña de los tambos, pasemos á considerar la leche, no del punto de vista de su composición química, sino de los usos y elaboración casera que sufre.

———

La leche, como el pan, constituye uno de los alimentos más indispensables y generalizados en toda sociedad, no sólo por el número de personas que de él hacen uso, sino, también por la clase de necesidades que llena; él forma la base de la alimentación de los niños, por lo menos hasta cierta edad y completa la de los ancianos y la de los enfermos.

No es nuestro ánimo hacer por ahora consideraciones diversas acerca de su importancia, de la extensión de

su uso, de las mistificaciones industriales que sufre, del examen á que debe sujetarse ni de la reglamentación á que debe someterse su expendio — queremos sólo considerarla en la parte útil que tiene en sus usos domésticos, es decir, en la manera de prepararla y en la elaboración á que se la somete dentro del hogar, antes de utilizarla.

La leche por sí misma, no tiene tantos inconvenientes como se le han inculpado y como alimento, no daría tan repetidos malos resultados en la práctica diaria, si se usara de más cuidado en su preparación y en su conservación, lo mismo que en los medios de envase y de administración. Abstracción hecha de la edad, la leche no es de tan difícil digestión para los niños y como alimento completo y de componentes fácilmente asimilables, á causa del estado de disolución en que se mantienen, es de un recurso precioso é irreemplazable en esa edad de la vida.

Si en tesis general, la experiencia es contraria á su uso *ad libitum*, aplicada sin discernimiento y sin oportunidades valederas, eso no significa que la mayor parte de los peligros que se le atribuyen, sean exactos; un mal uso puede desacreditar y hacer peligrosa una cosa buena. A propósito de la lactancia hemos visto que una de las mayores dificultades que presenta la leche de vaca para ser administrada pura, es la gran desproporción de caseina — vulgarmente designada con el nombre de coajo — que tiene con respecto á la leche

femenina. Dicha caseina, por su abundancia y por los coágulos duros que forma en el estómago en presencia de los ácidos del jugo gástrico, se hace verdaderamente indigesta para los niños muy pequeños; hablamos, por supuesto, de aquellos niños que, por su edad y condiciones vitales, no están aun preparados para ser sometidos á la lactancia mixta ó artificial, pues los que se encuentran en circunstancias opuestas, la digieren pura sin mayores inconvenientes.

Buscar, pues, un recurso que permita disminuirla, sin alterar los otros componentes de la leche, es colocarse en condiciones favorables, es decir, de asemejarla á la leche femenina, lo que vale decir que su elaboración gástrica no originará trastornos, por lo menos, de importancia. Esto es lo que viene á resolver los procedimientos de Goetner y de Vigier.

Antes de describirlos, especialmente el último por estar más al alcance y comprensión de las familias que quieran utilizarlo, es necesario hacer algunas generalidades sobre la leche de vaca.

Ante todo, por qué se prefiere la de este animal? A esto responderemos que por dos razones: 1º porque es más abundante, es más fácil de obtener, y por que su costo es más barato, y por lo tanto está al alcance de todo el mundo, y 2º porque su riqueza en principios nutritivos se adapta muy bien para los niños de más de un año de edad. La leche de burra sólo sirve para los primeros meses de la vida: más tarde se hace insu-

ficiente como alimento exclusivo, pues sus propiedades nutritivas son escasas. Por otra parte, es muy difícil de conseguir y no todas las familias tienen comodidades y facilidades para tener un establo en su casa. La leche de cabra es mucho más rica en caseina que la de vaca y la secreción láctea dura pocos meses; basta por sí sola la primera condición para que no sea preferida, y la segunda no se la podría hacer desaparecer sino cambiando de animal, lo que originaría irregularidades y trastornos de consideración—en cuanto á la leche de yegua, adolece casi de los mismos defectos que la de burra.

Vemos pues, que no obstante los múltiples inconvenientes que ofrece, la de vaca debe siempre preferirse para la alimentación de los niños.

Hay la preocupación bastante generalizada, de que la leche que se administre á un niño, debe ser invariablemente de una sola vaca. En realidad, es preferible lo contrario, es decir, que se mezclan las de varias, con el objeto de diluir las toxinas que pudieran acompañar á la secreción láctea, en caso de enfermedad del animal, circunstancia que puede pasar desapercibida, lo que no es difícil entre nosotros, si se tiene en cuenta que son muy raras las que sufren la inspección veterinaria.

La leche recién ordeñada es preferible á la que tiene ya algunas horas de extraída, sobre todo en verano, porque los fermentos que encierra, producen por la acción prolongada del calor atmosférico, un principio

de fermentación que hace que ésta se corte antes ó durante la ebullición. Además, en caso de contener gérmenes patógenos, se evita con la ebullición que éstos se multipliquen y produzcan mayor cantidad de toxinas. De esto se deduce, pues, que la leche debe hacerse hervir lo más pronto que sea posible, después de ordeñada, y se guardará en vasijas de loza ó vidrio, sumergidas previamente, durante diez minutos, en agua caliente, después de lo cual y sin secarlas se les tapará herméticamente, de modo que el aire no penetre en su interior. De dichas vasijas se la extraerá toda vez que se la necesite y en las cantidades que se precisen.

El mayor peligro de la lactancia artificial está en el biberón y en la teta de goma ó de cauchu que la acompaña. Hemos visto muchísimas veces que el descuido de que se hace alarde á este respecto, es á veces, verdaderamente imperdonable; frascos de botica, de agua florida vacíos ó de cualquier otra clase, á los que se ponen pezones que han servido ya para otros chicos, constituyen el aparato alimentador del niño, sin contar las suciedades y residuos lácteos que favorecen la putrefacción. Esta operación debe cuidarse tanto ó más que la conservación de la leche; de nada servirá una leche relativamente aséptica, si el frasco ó el pezón, están cuajados de microbios morbígenos. A causa de esos descuidos, es que suelen sobrevenir complicaciones gastro-intestinales, que muchas veces y sin más razón, se cargan al haber fatídico de la leche.

El agua con que debe mezclarse la leche, será purificada por la ebullición, ya sea agua simple, ya adicionada de cualquier sustancia que quiera agregársele. Como hemos observado, que la mayor parte de las enfermedades del tubo digestivo de los niños, dependen de la manera defectuosa de cómo preparan la leche en las casas de familia — el aparato de Soxlhet corrige en parte esos defectos, pero no está al alcance de todos los bolsillos — vamos á referir el procedimiento de Vigier, que nosotros hemos practicado muchas veces, que todo el mundo lo puede repetir y que con algunos tanteos, puede adquirirse la experiencia suficiente, para preparar leche *humanizada* todos los días.

Dicho procedimiento lo hemos tomado de la obra de Marfau, *L'allaitement artificiel*, del año 96.

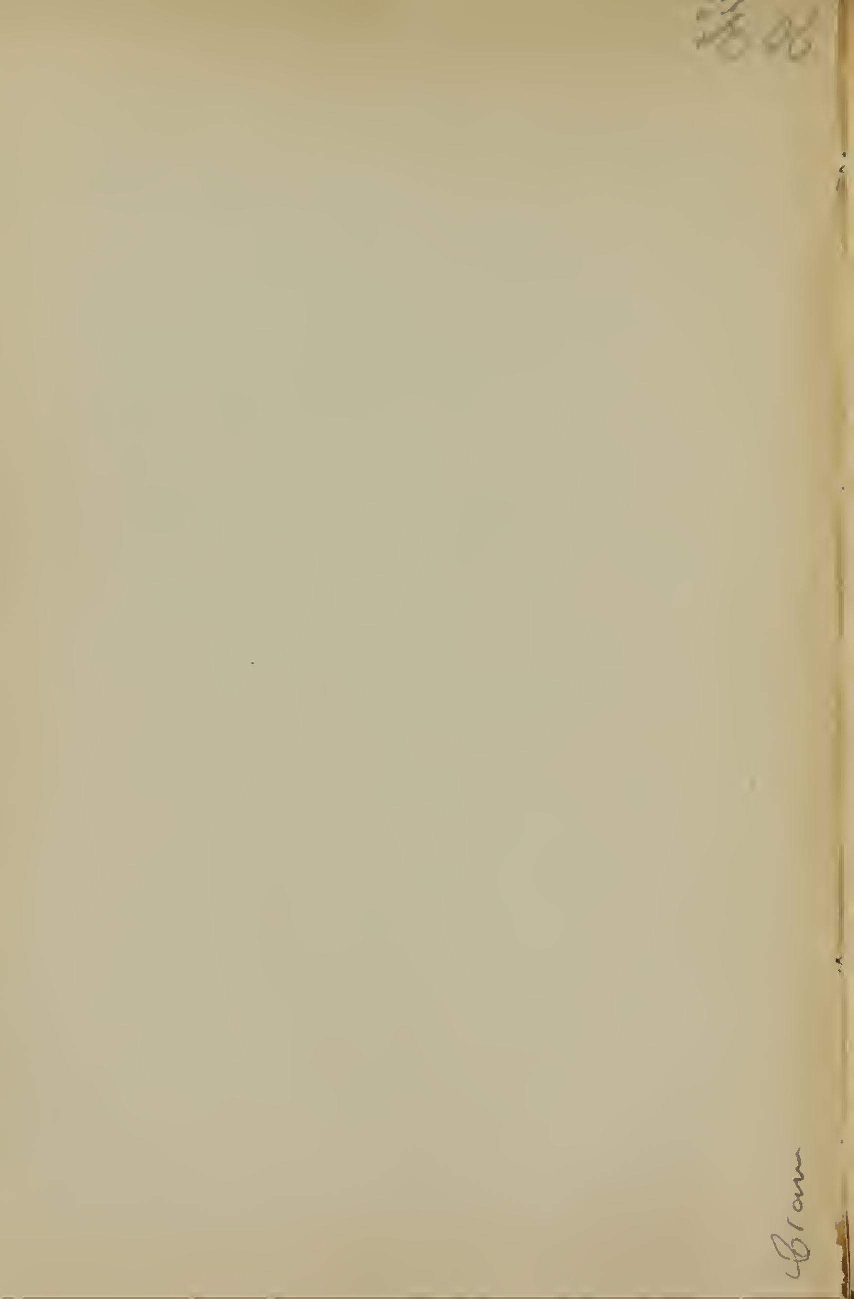
Tomemos para hacer la experiencia, un litro de leche por ejemplo y lo distribuimos en dos vasijas, en cada una medio litro; se les deja reposar un rato, hasta que la manteca se haya aglomerado en la capa superior.

De una de las vasijas, se extrae con una cuchara, la capa mantecosa y se vierte en la otra—extraída la manteca y en la leche que queda, se arrojan unos pedacitos de cuajar de carnero, ó bien se ponen flores deshechas de cardo—que es mejor porque no acidifica la leche—al poco tiempo—varía á veces hasta una hora—la caseina se precipita coagulada y entonces se le extrae conjuntamente con el cuajar ó las flores de cardo, se arrojan y lo que queda del líquido, se vierte en la otra porción de

leche, el todo, después se hace hervir. Es necesario no poner demasiada cantidad de cuajar ni dejarlo mucho tiempo, pues entonces la leche se acidifica en exceso y se corta en el momento de ser hervida.

Como en resumen, lo que la leche pierde con este procedimiento, es la caseina, resulta que sus proporciones son sensiblemente igual á las de la leche femenina, y por lo tanto, su digestión es relativamente inócua.

La leche esterilizada y de componentes apropiados á la edad de los niños, ha de concluir por originar industrias que la provean en abundancia y que reemplacen poco á poco á los sistemas actuales de provisión de leche. De ese modo se evitaría uno de los grandes peligros de la leche, es decir, de su adulteración por aguas sucias y sustancias extrañas.




NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.
BOUND BY
HNM
MAR 13 1964